2701

l crisol de la lealtad

Comedia en tres jornadas

Saavedra

DICCIONARIO

DE

MODISMO

(FRASES Y METÁFORAS)

PRIMERO Y UNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA

COLECCIONADO Y EXPLICADO

POR

RAMÓN CABALLE

CON UN PRÓLOGO

DE

DON EDUARDO BENOT

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

Este Diccionario consta de más de 60.000 acepciones

Cuaderno 46 – Precio: 2 real

(Contiene los pliegos 136 á 138)

ADMINISTRACIÓN

LIBRERIA DE ANTONINO ROMER

calle de Preciados, número 23

EL CRISOL DE LA LEALTAD.

COMEDIA

EN TRES JORNADAS

ORIGINAL DE

DON ANGEL DE SAAVEDRA,

Duque de Rivas.

MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

1842.

PERSONAS.

LA REINA DE ARAGON, *dama.*
DOÑA ISABEL TORRELLAS, *dama.*
DON PEDRO LOPEZ DE AZAGRA, *galan.*
DON LOPE DE AZAGRA, *barba.*
MAURICIO, *monge benito.*
EL ARZOBISPO DE ZARAGOZA, *viejo.*
FORTUN TORRELLAS, *viejo.*
JOFRE DE ALVERO, *galàn.*
ALVARO GARCÉS, *galan.*
BERRIO, *gracioso.*
SANCHA, *graciosa.*
ANTON, *ventero.*
RITA, *ventera.*

COMPARSAS.

RICOS-HOMBRES *é* INFANZONES.
CLÉRIGOS *del séquito del arzobispo.*
TRES CABALLEROS *del séquito de Torrellas.*
CUATRO IDEM *del séquito de don Lope de Azagra.*
DAMAS. . . }
PAGES. . . . } *de la reina.*
GUARDIAS. }
CUATRO VILLANOS *del séquito de don Lope de Azagra.*

La accion pasa en Zaragoza y sus cercanías el año 1163.

Esta Comedia, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837, y la de 16 de Abril de 1839, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.

Al Ilustrísimo Señor Don Juan Nicasio Gallego:

en testimonio de antigua, constante y respetuosa amistad,

El Duque de Rivas.

2570084

Jornada primera.

ESCENA PRIMERA.

El teatro representa la espaciosa cocina de una venta en las cercanías de Zaragoza. Aparecen ANTON atizando el hogar y RITA mirando á la puerta con inquietud.

RITA. Mal fuego de Dios, amén,
sobre esa gente maldita
caiga, y pronto.

ANTON. Calla, Rita.
Prudencia y cachaza ten.

RITA. ¿Cachaza y prudencia, Anton,
cuando al punto en que llegaron
ayer tarde, nos robaron
dos ovejas y un lechon?
y gracias que en el pajar
estaban ya las gallinas.
Dime en fin qué determinas,
pues voy la puerta á atrancar.

ANTON. (*Acercándose.*)
¿Sancha y Berrio no han salido
á recoger el ganado...?
pues cuando esté á buen recado
tomaremos un partido.

RITA. El de la venta cerrar
y defender nuestra hacienda.

ANTON. (*Receloso.*)
El diablo que la defienda,
que en ello se puede errar.

RITA. (*Con viveza.*)
Defenderse de ladrones

es justo.

ANTON. ¿Y estos lo son...?

RITA. Las ovejas y el lechon
lo dirán.

ANTON. No mas razones.
Calla la boca, muger.
Esas gentes por momentos
armas reciben y aumentos:
...sabe Dios lo que va á haber.
Ya has visto que no encontraron
en el vecino castillo
resistencia, y el rastrillo
al punto les franquearon.

RITA. Porque de Nuño Atarés,
hijo de aquel infanzon
á quien no quiso Aragon
por su soberano, es.
Y siempre anda desabrido,
y de la reina se queja.

ANTON. Pues á los señores deja
tomar tal ó cual partido.
Y traten los cortesanos
de estas cosas, que nosotros,
manden unos, manden otros,
no salimos de villanos.

BERRIO. (*Dentro y dando grandes voces.*)
Arre... ¡jó...! — ¡Maldita burra!
Sancha, abre bien... — Arre... ¡jó!

SANCHA. (*Dentro.*)
Ya todo el ganado entró.

ANTON. (*Desde la puerta.*)
Que el morueco no se escurra.

Salen SANCHA y BERRIO con hondas en la mano y muy cansados.

BERRIO. Ya está todo en el corral,
hasta el morueco marrajo;
no ha sido poco trabajo.
¡Qué arisco es el animal!

RITA. ¿Y los cerdos? — ¿Y el pollino?

BERRIO. De los cerdos... faltan dos.

RITA. Maldito seas de Dios.

¿Dónde...?

BERRIO. ¡Toma...! El peregrino
lo sabe.

RITA. ¡Juan ladron!

BERRIO. (*Poniéndose el dedo en los labios, y acercándose á Rita.*)
¡Chií!!!
que á venir al punto va,
¡y tiene un gesto, que ya!

RITA. ¡Jesus! ¿Va á encajarse aqui?

BERRIO. Él lo dice.

ANTON. ¿Pues le has visto...?

BERRIO. Sancha...

SANCHA. (*Interrumpiéndole.*)
Mentira.

BERRIO. Sí, tú:
¡curiosa de Belcebú!

ANTON. (*Impaciente.*)
Esplícate, voto á Cristo.

BERRIO. Sancha la burra montó
para carear el ganado,
y á carrera por el prado...

SANCHA. La burra se me escapó.

BERRIO. Ya se ve que escapó. Como
hace siempre que le arrima
la persona que va encima
un aguijonazo al lomo.

SANCHA. Fué porque...

BERRIO. Entre los enebros
vió soldados la pollina,
y siempre se desatina
por ir donde oiga requiebros.

SANCHA. ¡Malicioso!

BERRIO. A la cañada
corrió en fin, y yo tras de ella,
pues no debe una doncella
correr sola despeñada.
Y á ese hombre con otros seis
nos hallamos.

RITA. ¡Ay qué miedo!
¡Jesus!

BERRIO. Afirmaros puedo

que de milagro me veis.
Se me heló todito el cuajo.

SANCHA. Y á mí tambien.

BERRIO. Quiá. ¡Sanchica!
Si al fin logró la borrica
escuchar un requebrajo.
Yo sí, que caí de rodillas
de pié á cabeza temblando,
cual si estuvieran bailando
en mi cuerpo las costillas.
Y la maldita vision
¿quién son (dijo) *los villanos?*
y yo cruzadas las manos
le respondí: hija de Anton
es esta mala doncella.
Hija de Anton el ventero,
y yo su novio, que quiero
casarme, señor, con ella.
Y el duende repuso: *Bien.*
Pues que en su venta me espere,
si es que fiel mostrarse quiere,
al tal Anton le preven.
Y porque no tenga quejas
de mí, dale este dinero,
que con él pagarle quiero
tres cerdos, y dos ovejas.
Y esta me dió.
(*Saca una bolsa con dinero.*)

RITA. (*Tomándola y examinándola.*)
¡Vírgen pura!
Tres veces hay su valor.

ANTON. Pues si es tan buen pagador
venga con buena ventura.

BERRIO. Y á Sancha tambien...

SANCHA. Tambien
me dijo: *Hermosa doncella...* —

BERRIO. No hubo hermosa, miente ella.
Doncella solo, y va bien.

SANCHA. Sí señor.

BERRIO. No, que es tramoya.

SANCHA. (*Sacando del pecho una cruz de oro.*)
Y dióme esta cruz, mirad.

RITA. (*Pasmada.*)
A ver... ¡de oro...! Una ciudad
vale. ¡Ay Dios, qué rica joya!
marido...

ANTON. Rita, ¿lo ves?
prudencia y cachaza, sí;
que el tal me parece á mí,
que lo que se suena es.

BERRIO. Tambien nos dijo ese coco...

RITA. Ese señor.—Mas despacio.

BERRIO. *Esa venta en un palacio*
se tornará de aquí á poco.
Lo que me hace sospechar
que es algun brujo, hechicero,
que es carbon ese dinero,
que la venta va á volar.
Y... si es asi... ¡guarda, Pablo!

RITA. ¿No ves que una cruz nos dió?

BERRIO. Siempre diz que se escondió
detras de la cruz el diablo.

RITA. (*Sorprendida.*)
¿No oyes caballos, Anton...?
¡ay...! ¿si será...? Yo estoy muerta.

ANTON. Déjate, desde la puerta
observaré quiénes son.
(*Se acerca al bastidor.*)
¡Ay Rita...! ¿Sabes quién es?
Torrellas nuestro señor,
con otros cuatro al reedor,
y con Alvaro Garcés.

RITA. (*Cuidadosa.*)
¡Ay cielos...! Que está esa gente
tan cerquita no sabrán,
y acaso los prenderán...

ANTON. (*Con malicia.*)
Muger, no seas inocente.
Corro á tener el estribo
á Torrellas mi señor.
No te asustes, ten valor,
que no hay de miedo motivo. (*Vase.*)

Salen embozados FORTUN TORRELLAS, JOFRE DE ALVERO, ÁLVARO GARCÉS y tres CABALLEROS.

TORRELLAS. ¡Ó buen Anton! ya veo
que fiel me conociste
desde el mismo momento en que me viste,
y que servirme es siempre tu deseo.
¿Y Rita y Sancha, buenas?

ANTON. De gozo al veros, como deben, llenas.

BERRIO. (*Adelantándose.*)
Los cerdos, las ovejas y pollinos...

ANTON. (*Deteniéndolo.*)
Calla, animal, no digas desatinos.

TORRELLAS. Muy guapa está Sanchica.

BERRIO. (*Adelantándose otra vez.*)
Se escapó esta mañana en la borrica...

RITA. Vete, bruto, de aqui.

TORRELLAS. ¿Quién es...?

BERRIO. Nostramo,
Bérrio el zurdo me llamo,
y soy mozo porquero,
y seré, si Dios quiere, para enero
el marido de Sancha,
de lo que está, señor, ella tan ancha,
y tanto que quisiera
que el matrimonio este verano fuera.
Mas yo estoy hoy mohino
y ronco y fatigado
porque ella y el morueco
han hecho cosas que me tienen seco.

TORRELLAS. (*Llamando á Anton aparte.*)
Decidme, Anton honrado,
¿habeis visto al anciano peregrino,
que en el fuerte vecino
de Atarés mi pariente
se ha alojado esta noche con su gente?

ANTON. (*Con aire reservado.*)
Sancha y el mozo diz que lo encontraron
esta mañana, y que con él hablaron.

TORRELLAS. ¿Y con qué compañía
te han dicho, Anton?

ANTON. (*Llamando á su hija.*)
Escúchame, hija mia.
(*Habla con ella aparte y en secreto, y luego dice:*)
Con cinco hombres no mas.

TORRELLAS. Ponte á la puerta,
y para ver si vienen está alerta.

ANTON. Venid todos conmigo.
(*Vanse Anton, Rita, Sancha y Berrio.*)

TORRELLAS. El tal roméro
cual es se porta á ley de caballero.
Seis á seis la entrevista
tendrá lugar.

GARCÉS. El cielo nos asista
para ver la verdad distintamente,
y poder resolver lo conveniente.

TORRELLAS. ¡Ojalá, amigos, que quien dice sea!
Yo le conoceré cuanto lo vea,
pues aun no se borró de mi memoria
aquel aspecto de grandeza y gloria.

ALVERO. Tampoco yo olvidado
tengo su altivo porte y su semblante.
Que, aunque muy jóven, combatí á su lado,
y le vi lanza en ristre y arrogante
entrar en hora aciaga
en medio de los moros allá en Frága,
en donde le perdimos,
y de su arrojo audaz víctimas fuimos.

GARCÉS. ¡Ojalá sea! Y Aragon recobre
su perdido poder, y estienda sobre
Castilla su dominio,
tornando á ser de infieles exterminio.

Salen corriendo y asustadas, queriendo refugiarse detrás de Torrellas, RITA y SANCHA, y con ellas BERRIO.

RITA. ¡Vírgen Santa bendita!

SANCHA. Amparadnos, señor...

TORRELLAS. ¿Qué es esto, Rita?

BERRIO. Que ya viene...

SANCHA. ¡Qué miedo!

RITA. Estoy sin tino.

Sale ANTON.

ANTON. (*A Torrellas.*)
Aqui llega, señor, el peregrino.
TORRELLAS. A su encuentro salgamos.
(*Al encararse á la puerta queda asombrado, y retrocede poco á poco respetuoso y confundido.*)
¿Mas qué veo?
¿Es ilusion falaz de mi deseo?
¡Gran Dios...! él es... No hay duda.
ALVERO. (*Mirando asombrado á la puerta.*)
Sí... mas del tiempo la carrera muda
ha alterado su rostro.
TORRELLAS. ¡Santo cielo!
GARCÉS. Me ha convertido la sorpresa en hielo.

Salen DON LOPE DE AZAGRA, con un ropon y esclavina de peregrino: MAURICIO con hábito de monge: cuatro CABALLEROS vestidos de cazadores, dejando ver armas de guerra bajo los sayos, y cuatro VILLANOS. = Don Lope se despoja con nobleza del trage de peregrino, y queda armado, con sobreveste roja, y el collar de la orden del Santo Sepulcro, y se dirige sin vacilar con los brazos abiertos á Torrellas.

D. LOPE. Noble Fortun Torrellas,
cuya fama se encumbra á las estrellas,
y en quien miro y contemplo
de honor y de lealtad tan vivo ejemplo:
ven, y en estrechos lazos,
pues que en mi apoyo tu favor consigo,
te ciñan hoy los brazos
no de tu rey, de tu constante amigo.
TORRELLAS. (*Hincando las rodillas y enagenando de gozo y de respeto.*)
No es posible que dude
honra y dicha tan alta, pues acude
tanto recuerdo grato
á mi pecho do vive tu retrato,
que por mi rey amado te pregono.
Y de ayudarte á recobrar el trono

te hago pleito-homenage,
no en tus brazos, señor, do me levantas,
sino á tus regias plantas,
rindiéndote el debido vasallage.

D. LOPE. (*Levantándolo.*)
Alza, y ven á mi pecho.
Y porque mas seguro y satisfecho,
libre de toda duda,
tu noble esfuerzo á mi servicio acuda;
y porque la verdad hoy testifiques,
y en Aragon publiques
que Alonso, emperador de las Españas,
aquel á quien valieron sus hazañas
tan glorioso renombre,
que de batallador mereció el nombre,
soy yo; y porque asegures la falsía
con que se publicó que muerto habia
en la accion aciága,
castigo del Señor, cerca de Frága,
claras, nuevas señales
quiero mostrarte á tí y á estos leales.
(*Separa la veste y enseña una cicatriz.*)
¿Recuerdas esta herida
que al bravo Albucalem costó la vida
cuando aqui en Zaragoza holló triunfante
mi regia planta el bárbaro turbante?
(*Torrellas da muestras de reconocerla.*)
Sí, tú fuiste el primero
que viendo en tierra mi tajante acero
en aquella jornada,
me alargaste tu espada.
Y vive Dios, Torrellas, que venia,
pues fuistes un portento en aquel dia,
toda de sangre bárbara bañada.
(*Mostrando un eslabon roto del collar.*)
¿Ves este collar roto,
de la orden sacra del Sepulcro Santo,
que en Pamplona fundé cumpliendo un voto,
y que de los infieles fué el espanto?
Recuerda que en mi pecho,
estando tú de mí, muy corto trecho,
lo rompió la violencia

de una lanza en el cerco de Valencia.
(*En reserva á Torrellas.*)
¿Y olvidastes acaso, fiel amigo,
el aviso secreto,
importante á mi honor y á mi respeto
que me diste sagaz, con que el castigo
de Pero Anzures suspendí prudente,
para ganar la castellana gente?
(*Torrellas da muestra de recordarlo atónito.*)
¿Y este anillo real, no lo conoces?
(*Enseña una sortija.*)

ORRELLAS. (*Besándole la mano.*)
Basta, señor: el cielo santo á voces
que sois mi rey me dice;
y á quien lo dude con furor maldice.
Alvaro de Garcés, Jofre de Alvero,
aragoneses todos: yo aseguro,
y lo defenderé con este acero,
que don Alonso emperador es este,
que la bondad celeste
devuelve á nuestro amor.
(*Hincando una rodilla, y estendiendo la mano derecha.*)
Y yo le juro
obediencia y lealtad.

ALVERO, GARCÉS, los tres CABALLEROS, BERRIO, ANTON y los cuatro VILLANOS. (*Hincando la rodilla y estendiendo la mano.*)
Y lo juramos
todos tambien.

MAURICIO. (*Poniéndose en medio con dignidad.*)
En nombre de Dios vivo,
como su sacerdote, yo recibo
el santo juramento,
y os exhorto á su pronto cumplimiento.

D. LOPE. Alzad, vasallos fieles, (*Levántanse todos.*)
que ya de nuevos triunfos y laureles
juzgo mi frente orlada,
y de Aragon la gloria asegurada.
(*Acercándose afectuosamente á Jofre de Alvero.*)
Llega, gallardo Alvero.
¡Qué espigado y gentil! — Aunque muchacho

no diste á los infieles mal despacho
en aquel lance de contrario agüero.
Pienso que fué tu estreno en aquel dia:
ibas por cierto en una jaca pia.
(*Alvero le besa la mano.*) — (*Acercándose á Garcés.*)
¿Y tú, Garcés...? ¡cuán bravo caballero
era tu padre! la primera lanza
de Aragon... ¿dónde está?

GARCÉS. Señor, es muerto
en San Pedro de Arlánza,
donde se retiró juzgando cierto
vuestro fin desastrado.

D. LOPE. De lealtad y valor era un dechado.
(*Le besa Garcés la mano.*)
— No perdamos, Torrellas, ni un momento.
A Zaragoza parte,
dando mi nombre al viento
y alzando de lealtad el estandarte.
Y dile á mi sobrina
que tema de la cólera divina,
y de mi noble esfuerzo la venganza,
si al punto sin tardanza
su rey no reconoce en mí, y su tio,
el trono devolviéndome, que es mio.

TORRELLAS. Señor, á obedeceros
con estos valerosos caballeros,
patentizando al mundo
que vive vuestro esfuerzo sin segundo
iré. Y el pueblo fiel de Zaragoza,
que escasas dichas y venturas goza
desde el momento que os perdió, la nueva,
que hoy de nuestra lealtad la voz le lleva,
oirá con entusiasmo y alegría
y os abrirá sus puertas este dia.
Mas para combatir cumplidamente
las dudas y razones,
que opuestos intereses y opiniones
puedan acaso entre la ruda gente
esparcir (porque dan tan largos años
lugar á recelar dolos y engaños),
dignaos de darme relacion cumplida
de cómo fué vuestra preciosa vida

en la ocasion salvada;
y de dónde eclipsada
tan largo tiempo estuvo,
y escondida y oculta se mantuvo
la magestad augusta que adoramos,
y que hoy, gracias al cielo, recobramos.

D: LOPE. Fortun Torrellas, tu prudencia es mucha
Sí, todo lo sabrás: atento escucha.
Viendo en los campos de Frága,
donde Dios airado quiso
dar á mis muchos pecados
con la derrota el castigo,
que por momentos crecian,
como mar embravecido,
los escuadrones infieles
sobre los pendones mios;
y conociendo que solo
de tan tremendo conflicto
hallar pudiera el despecho
de salvacion un camino,
elegí trescientas lanzas,
la flor del hispano brio,
y arrojéme á su cabeza
en brazos de mi destino.
Arrollé como un torrente
los escuadrones moriscos,
sus mas bravos adalides,
y sus jeques de mas brio.
Al empuje de mi lanza
cayeron en sangre tintos,
como en la selva al empuje
caen del huracan los pinos.
Mis servidores leales
hicieron raros prodigios
de valor; mas todo en vano,
pues Dios nos negó su auxilio.
Y ya casi todos eran
víctimas de su heroismo,
cuando de un bote de lanza
vine á tierra sin sentido.
El sol tras los negros montes
buscaba ansioso un asilo,

horrorizado y medroso
del estrago que habia visto.
Y los fieros musulmanes
á acàbar el exterminio
de mis desdichadas huestes
avanzaron de aquel sitio. —
—Era ya entrada la noche
cuando volviendo en mí mismo,
de cadáveres cercado,
de armas rotas y de heridos
me encontré. Y á Dios el voto
hice, al encontrarme vivo,
de ir desde alli á Palestina,
y ante el Sepulcro de Cristo
pedir perdon de mis culpas,
penitente y peregrino,
rogando con lloro al cielo
se me mostrase propicio.
Quitéme la veste regia,
que destilaba hilo á hilo
negra sangre, y el almete
de la corona ceñido.
Y sobre el yerto cadáver,
que vi cerca del invicto
Azagra (en quien semejanza
hallaban muchos conmigo),
tiré ambas prendas, guardando
este collar y este anillo:
y á la luz de escasa luna,
trepando empinados riscos
me retiré. Unos pastores
me dieron su estrecho abrigo
sin conocerme. Y tomando
pobres y toscos vestidos,
llegar logré á los Alfaques,
en donde el ibero rio
daba ya por su ancha boca
al mar, pasmado de oirlo,
la falsa y terrible nueva
de mi muerte, en roncos gritos
publicando de mis tropas
el verdadero exterminio.

Una veneciana nave
depararme el cielo quiso,
y en ella saludé pronto
las riberas del Egipto.—
Visité la tierra santa,
y con el abad Mauricio
(este venerable monge
mi director y mi amigo,
que desde entonces ni un dia
de mí se apartó), contrito
confesé mis culpas todas,
y con ásperos cilicios
adoré aquel mármol sacro
donde piadoso Dios Hijo,
por la rendencion del mundo
completó su sacrificio.—
Del voto que en Frága hiciera
libre, viéndolo cumplido,
tornar á mi reino quise,
que por hallarme sin hijos
encomendado creía
(cual mandé en un codicilo
que antes de partir á Frága
dejé de mi puño escrito),
del Temple á los caballeros,
y del Sepulcro de Cristo
á la orden por mí fundada
de mi reinado al principio,
y sin dejar de roméro
el trage, y con gran sigilo
mi regio nombre ocultando,
con solo el abad Mauricio
las playas dejé de Siria,
fiando al viento mis designios,
en un leño de Pisanos
á Génova dirigido.
Mas ¡ay! aun no satisfecho
el cielo estaba, pues quiso
completar de mis pecados
el decretado castigo.
Un corsario sarraceno
tristes esclavos nos hizo,

y en las mazmorras de Malta
juguetes del hado fuimos.
Alli varias veces supe
de mi imperio los conflictos,
ya por voz de mercaderes,
ya por quejas de cautivos.
Supe que mi hermano el monge
manchó de Aragon el brillo;
que Castilla y que Navarra
se hicieron reinos distintos.
Y al fin que mi roto cetro
á manos habia venido
de mi inexperta sobrina,
sin armas y sin prestigio.
Y amargamente llorando,
mas que mi infortunio mismo,
las desdichas de estos reinos,
y su cierto precipicio;
logré al cabo libertarme,
y volver, vasallos mios,
á vuestros leales brazos,
con los que, y con el auxilio
de Dios, que misericordia
empieza á ejercer conmigo,
conseguiré prontamente
restaurar el poderío
de Aragon; y con mi nombre
cegar el horrendo abismo
á cuyo borde pendiente
nuestra amada patria miro.
Juzgo, valiente Torrellas,
juzgo, infanzones altivos,
juzgo, aragoneses bravos,
juzgo, vasallos queridos,
que quedareis satisfechos
con mi relato prolijo
de que tardanza tan grande
en acudir al peligro
de mi patria y de mi trono
no fué en vuestro rey delito,
sino voluntad del cielo
por sus ocultos designios.

TORRELLAS. Pues que tal rey nos devuelve
á nuestros votos propicio
corramos á Zaragoza,
para publicarlo á gritos.
¡Viva el grande don Alonso!
¡El rey viva!

TODOS. ¡Viva!

TORRELLAS. Amigos,
no perdamos ni un momento.

TODOS. Viva Alonso largos siglos.

(*Vanse Torrellas, y todos los que salieron con él.*)

ANTON. A nuestro amo acompañemos.

BERRIO. Si es que el rey nos da permiso.

D. LOPE. Sí, marchad.

(*Vanse Anton, Rita, Sancha, Berrio y los villanos.*)

Tambien vosotros,
(*A los cuatro caballeros de su séquito.*)
encaminaos al castillo
con tan venturosas nuevas,
que yo en el momento os sigo.
(*Vanse los caballeros.*)

Asi que todos desaparecen, don Lope, fatigado y abatido, mira tristemente á Mauricio, recoge la ropa de peregrino y se la vuelve á poner lentamente.

D. LOPE. ¡Válgame Dios!

MAURICIO. ¿Qué os aflige
en tan venturoso dia...?
Yo estoy loco de alegría,
la fortuna nos dirige
por el camino mas llano
al eminente dosel,
y vais á ser vos en él
de la España soberano.

D. LOPE. Es verdad.

MAURICIO. El buen Torrellas
incauto tragó el anzuelo,
y hoy con sus brazos de un vuelo
nos encumbra á las estrellas.

D. LOPE. Al punto le conocí.

MAURICIO. Y el pobrete alucinado

creyó muy entusiasmado
ver á don Alonso en tí. (*Se rie.*)
Mas le hablasteis de manera
el engaño reforzando,
y el tono de rey tomando,
que hasta yo casi os creyera.
Unisteis á la verdad
de las aventuras nuestras,
con espresiones tan diestras,
con tal naturalidad
del emperador el nombre,
y los recuerdos fingísteis
con tanto primor, que fuisteis
mas un demonio que un hombre.
Los planes que concebimos
en Malta entre las cadenas,
y que cual sueños apenas
en nuestra mazmorra urdimos,
cumplido efecto tendrán:
tendránlo sin duda alguna,
pues ocasion y fortuna
en nuestro favor estan.
— De ese rey, que murió en Frága,
debió de ser, vive Dios,
su semejanza con vos
muy grande, para que haga
efecto tan importante.
Animo pues, y osadía...
¿Pero qué melancolía
ofusca vuestro semblante?

D. LOPE. (*Muy abatido.*)
Entre aquestos infanzones
esperé ver á mi hijo,
y de su ausencia me aflijo
por poderosas razones.

MAURICIO. ¿No os pudierais de él fiar,
si no es posible engañarle?

D. LOPE. La trama manifestarle
fuera mucho aventurar.
Ademas..., os lo confieso,
al cabo noble nací,
y un remordimiento en mí...

MAURICIO. (*Incomodado.*)
¿Perdiste, don Lope, el seso?

D. LOPE. Lo he recobrado mas bien.
Hay cosas que desde lejos
tienen hermosos reflejos;
mas cuando cerca se ven
se conoce lo que son,
y tan viles, que se afrenta
quien las juzgó de gran cuenta
llevado de una ilusion.
Desde que puse en España
con este intento los pies,
cada dia mayor es
el tedio que me acompaña.
Y al recordar quién fuí yo
en mi patria, y lo que soy,
de mí avergonzado estoy
cual siempre lo está el que erró.
¿Yo, espejo de la lealtad,
ser un traidor alevoso...?
¿ser fingido y mentiroso
yo, sol puro de verdad...?
¿Yo impostor...? ¡Ah...! me confundo.

MAURICIO. ¿Con escrúpulos andais,
cuando caminando vais
al primer trono del mundo?

D. LOPE. Mauricio, sentado en él,
besando el orbe mi planta,
veré atado á mi garganta
ignominioso cordel.

MAURICIO. (*Con sonrisa amarga.*)
Solo volviendo el pié atrás,
no entre sueños y quimeras,
sino en la horca y muy de veras,
esa lazada tendrás.
No puedes retroceder
del camino que emprendiste;
pues ya en él el pié pusiste
terminarlo es menester.

D. LOPE. (*Profundamente agitado.*)
Sí, concluiré la carrera,
sí, saciaré mi ambicion;

pero un noble corazon
tiene la voz muy severa.

MAURICIO. Compon, amigo, el semblante,
que aqui tornan los villanos.
Desecha escrúpulos vanos,
y adelante.

D. LOPE. (*Muy abatido.*)
Sí, adelante.

Sale BERRIO, y se detiene como asustado.

BERRIO. ¡Ay! que el sayo se encajó,
y asi me da mucho miedo.

MAURICIO. Hola, mozo.

BERRIO. (*Turbado.*) ¿Llegar puedo?

MAURICIO. ¿Con respeto, por qué no?
¿Quisieras servir al rey?

BERRIO. (*Tomando confianza.*)
Para güardar sus cochinos,
sus ovejas, sus pollinos,
unas vacas, y algun buey,
que es de lo que sirvo á Anton,
quisiera, pues la soldada
mejor y mas bien pagada
será, y buena la racion.

MAURICIO. (*Animándolo.*)
De soldado has de servir,
como valiente vasallo,
con una lanza, á caballo.

BERRIO. Fuera cosa de reir.
¡Estuviera buen muchacho...!
A pié sería mejor,
que soy mal cabalgador,
y voy hecho un mamarracho.

MAURICIO. Bien está.

BERRIO. ¿Y me casaré
con Sancha?

MAURICIO. Sí, y puede darte
el rey de dote una parte
de despojos.

BERRIO. Despo... ¿qué?

MAURICIO. De botin.

BERRIO. Dos necesito,
porque con estas albarcas
se anda mal entre las charcas,
tras del morueco maldito.

MAURICIO. Todo lo tendrás, ven pues
al castillo.

BERRIO. Con licencia
de vuestra gran reverencia
iré con Sancha despues,
que alli para hilar estopa,
y sazonar el puchero
servirá á este caballero,
y para lavar la ropa. (*Vase.*)

MAURICIO. ¡Qué villano tan sencillo!

D. LOPE. Pues estos nos dan la fuerza,
no hay sin ellos quien la ejerza.
Vamos, que es tarde, al castillo. (*Vanse.*)

ESCENA II.

Salon regio del alcázar de Zaragoza, con dosel. Y sale DOÑA ISABEL y TORRELLAS.

D.ª ISABEL. ¡Ay cuánto don Pedro tarda...!
justamente en la ocasion
en que con tanta razon
y tal inquietud le aguarda
mi afanoso corazon.
(*Mira á la puerta con inquietud.*)
Hoy que debe amante ufano
de nuestra reina el permiso
demandar, como es preciso
para conseguir mi mano,
¿por qué ha de andar tan remiso?
Que mi padre esta mañana
salió á caza, le avisé,
y amorosa le esperé
del jardin en la ventana:
mas ¡ay! á verme no fué.
(*Se pasea con inquietud.*)

Dios me valga. — Desde el dia
que apareció ese impostor
todo es sospecha y temor,
todo afan el alma mia,
todo recelos mi amor.
Mi padre anda de contíno
de mil dudas agitado,
don Pedro desatentado
maldiciendo al peregrino,
y todo el reino alterado.
(*Vuelve á pasear agitada.*)
Que se retarde me temo
mi boda. Y aun temo mas,
pues la discordia quizás
llegue á un doloroso estremo
que no recelé jamas.
Al de enemistar ¡ay Dios!
á mi padre y á mi amado;
pues el calor me ha asustado
con que disputan los dos
sobre ese impostor malvado. (*Llora.*)

Sale DON PEDRO LOPEZ DE AZAGRA.

D. PEDRO. Hermosísima Isabel,
deidad pura á quien adoro,
mi único bien, mi tesoro,
rendido tu amante fiel...
¿Pero por qué es ese lloro?
¿Por qué á tu mústio semblante
dan sin luz los bellos ojos
esas perlas por despojos,
y á tu seno palpitante...?
¿...Quién causa, di, tus enojos?
(*Con gran ternura é interes.*)
¿Tú afligida, encanto mio...?
¿Qué ofensas lloras, mi bien...?
De mi afan lástima ten,
pues me pierdo y desvarío.
¿... Quién causa tu pena, quién?
D.ª ISABEL. (*Afligida.*)
Vos, don Pedro.

D. PEDRO. ¿Yo... señora?

D.ª ISABEL. ¿No os avisé esta mañana
de que sola, en mi ventana...
Pues alli pasé una hora.

D. PEDRO. No me condeneis tirana.

D.ª ISABEL. Y en el prefijado dia
para pedir la licencia,
con tan tibia diligencia
retardar...

D. PEDRO. A eso venia,
para eso pedí esta audiencia.
Y escuchadme una disculpa
tan grande, dueño querido,
que dejará convencido
vuestro amor de que la culpa
de tal falta no he tenido.
La tremenda agitacion,
que en todo el reino ha causado
de ese embustero malvado
la impensada aparicion,
á Zaragoza ha llegado.
Y como sobran traidores
de osadía y ardimiento,
á mi obligacion atento,
de aquestos alrededores
no me aparté ni un momento.
Que cuando peligra el trono
legítimo es justa ley
darlo todo al abandono,
y vigilar en su abono:
que antes que todo es el rey.

D.ª ISABEL. (*Conmovida.*)
¡Oh don Pedro...!

D. PEDRO. Isabel mia,
tu mano no mereciera,
si tan pura y fiel no fuera
de mi pecho la hidalguía,
y mi lealtad tan sincera.
Y cuando llego anhelante
de nuestra reina á pedir,
para nuestra suerte unir,
el permiso, mas amante

os quisiera ver y oir.
Que ese llanto y afliccion
en el venturoso dia
en que ya nombraros mia
podré, dulce dueño, son
verdugos de mi alegría.
(*Siguen hablando entre sí.*)

Aparece LA REINA separando con recato las cortinas de una puerta que habrá al fondo ó al lado izquierdo de la escena, y desde alli sin avanzar, dice:

REINA. (*Aparte.*)
¡Oh cielos...! Azagra alli
enamorando á Isabel.
¡Qué noble, gallardo, y fiel!
¡Desventurada de mí!

D. PEDRO. (*A doña Isabel sin que hayan reparado en la reina.*)
— ¿Quedais contenta, cruel?

D.ª ISABEL. Tiene vuestro dulce acento
y tiene vuestra presencia
conmigo tal influencia,
que disipan al momento
los fantasmas de la ausencia.
Y si porque fiel servisteis
á la reina, habeis faltado
á verme, y apresurado
á pedir ahora vinísteis
el permiso deseado;
las nubes de mi amargura
se disipan, y renacen
las esperanzas, que hacen
de mi pecho la ventura,
y que mi alma satisfacen.
(*Siguen hablando entre sí con estremos de ternura.*)

REINA. (*Aparte desde la puerta.*)
¡Cuán felices...! ¡Y cuánta es mi amargura,
que le adoro tambien, y él no lo sabe;
porque en mi excelsa posicion no cabe
declarar á un vasallo tierno amor!
Y aunque lo declarára, ¿por ventura

lo pudiera inspirar...? ¡Terrible suerte!
Es mas terrible que la misma muerte
de amar sin esperanzas el dólor.

D. PEDRO. (*Arrojándose transportado de amor á los pies de doña Isabel.*)
¡Ah! dejad que á vuestra planta,
pues tan dichoso me veo,
alma y vida por trofeo
os rinda, y que os pague tanta
ventura como hoy poseo.
(*La toma una mano.*)
Y que mi labio leal
temple el fuego celestial
de la pasion que os consagra,
en la mano de cristal... (*Se la besa.*)

Sale LA REINA apresurada. Doña Isabel da un paso atrás sorprendida, y don Pedro se levanta, retira, y queda en la mayor confusion.

D.ª ISABEL. ¡Cielos!

REINA. (*Indignada, y poniéndose entre los dos.*)
¡Isabel...! ¡Azagra! —
De que en mi cámara estais
os olvidásteis sin duda.
(*Pausa.*)
Isabel, ¿te has vuelto muda...?
Azagra, ¿no contestais?

D.ª ISABEL. (*Confundida.*)
Señora...

D. PEDRO. (*Hincando una rodilla.*)
Vuestra piedad
imploro, si os ofendí,
cuando humilde llego aqui...

REINA. (*Mas templada.*)
¿Con qué intento, Pedro...? Alzad.

D. PEDRO. (*Levantándose.*)
Una gracia á suplicaros
para mí de gran ventura,
la que mi dicha asegura.

REINA. Ya tardais en esplicaros.

D. PEDRO. De doña Isabel Torrellas

la nobleza y gallardía
abrasan el alma mia,
que asi plugo á las estrellas.

REINA. Ya lo vi. (*Aparte.*) Mal me reprimo.

D. PEDRO. Y como en ilustre cuna,
y en los dones de fortuna
su igual en todo me estimo;
vuestra regia aprobacion
para casarme, señora,
mi rendido amor implora.

REINA. (*Mortificada.*)
Y en oportuna ocasion: —
¿de su padre teneis ya
para ese enlace el permiso?

D. PEDRO. Mi lealtad el vuestro quiso
tener antes.

REINA. (*Con severidad.*)
Bien está.
— Id, y que en estos salones
tengan al momento entrada
á la reunion convocada
ricos-hombres é infanzones.
Que hoy de livianas materias
no me puedo yo ocupar,
cuando hay que determinar
sobre cuestiones tan serias.
Id pues.

D. PEDRO. (*Aparte.*) ¡Pese á mi destino!

(*Hace una profunda reverencia y vase.*)

REINA. (*Acercándose á doña Isabel con bondad y cariño.*)
¿Por qué lloras, Isabel...?
¿Estás tan prendada de él...?
será un amante muy fino.

D.ª ISABEL. (*Turbada.*)
Señora...

REINA. Tu amiga soy;
enjuga, Isabel, el llanto.
No hay motivo para tanto,
y afligida al verte estoy.
No era oportuno el momento,
y nada os negué ademas.

(*Pausa.*)
¿Há mucho tiempo quizás
que tratais el casamiento?

D.ª ISABEL. Señora, hace ya tres años.

REINA. ¿Y este tan dichoso amante
será fiel...? ¿será constante?

D.ª ISABEL. No es, señora, hombre de engaños,
y siempre igual le encontré.

REINA. (*Con malicia.*)
Muy apuesto... muy rendido...

D.ª ISABEL. Muy formal, muy comedido.

REINA. Pues qué te tiene no sé
de tal modo apasionada.
Su figura no es gran cosa.

D.ª ISABEL. Tiene un alma muy hermosa,
y es galan.

REINA. No encuentro nada
raro en don Pedro. (*Aparte.*) ¡Ay de mí!
(*Alto.*) El don Alvaro Garcés
mucho mas gallardo es,
y está prendado de tí.
¡Qué bien maneja una lanza!
¡Cuánto luce en un torneo!
Ni Aznares tampoco es feo,
y con mucho garbo danza.
En las justas y festines
al don Pedro muy atrás
en gentileza y demas
dejan ambos paladines.

D.ª ISABEL. Pues don Pedro es á mis ojos
el único.

REINA. (*Aparte.*) Y á los mios.
¿Mas por qué estos desvaríos
me han de dar tantos enojos?

Sale DON PEDRO.

D. PEDRO. Los ricos-hombres, señora,
y los nobles infanzones.

REINA. Ábranse aquestos salones,
y que entren pues en buen hora.

Doña Isabel hace señas á la izquierda de la escena, y salen DAMAS, PAGES y GUARDIAS. Don Pedro la hace á la parte de la derecha, y salen FORTUN TORRELLAS, ÁLVARO GARCÉS, JOFRE DE ALVERO, EL ARZOBISPO, RICOS-HOMBRES, INFANZONES, CLÉRIGOS y CABALLEROS, y se colocan al rededor del trono, en el que se sienta la reina.

REINA. Ricos hombres y prelados,
infanzones, caballeros,
de Aragon gloria, y defensa
de mis sagrados derechos:
la seguridad del trono,
el esplendor de mi cetro,
la fama de vuestros nombres,
la tranquilidad del reino,
ya imperiosamente exigen
de vuestra lealtad y esfuerzo
que ese impostor fementido,
que ese ambicioso protervo,
que el esclarecido nombre
del rey mi tio mintiendo,
contra mi corona atenta,
tenga cumplido escarmiento.
En la batalla de Frága,
como sabe el orbe entero,
pereció el gran don Alonso,
porque asi le plugo al cielo.
Aragon declaró nulo
su dudoso testamento,
que á los templarios dejaba
con poco aviso estos reinos.
Y á su hermano don Ramiro,
cual legítimo heredero
juró por rey. Que aunque estaba
en un santo monasterio,
del Papa especiales bulas
hábil á todo le hicieron,
y en vez del escapulario
no le asentó mal el peto.
Yo cual su hija y heredera

por legítimo derecho
ocupé este excelso trono,
fuí jurada por el pueblo,
sin que disputarme nadie
pueda en la tierra ó el cielo
ni de mi padre la herencia,
ni esto solio, que poseo.
—Despues de tan largos años,
y de tan varios sucesos,
ese impostor se presenta
para trastornar el reino.
Despreciado en un principio,
fué su osadía creciendo,
y ya con rebelde tropa
de indómitos bandoleros,
de fascinados ilusos,
de revoltosos perversos,
de viciosos arruinados,
y de astutos malcontentos,
osa acercarse á este alcázar,
osa atacar mis respetos,
osa levantar bandera,
osa demandarme el cetro.
Y si es que á tanto le anima
el que muger sin esfuerzo
me juzga, su desengaño
no tarde con su escarmiento.
Salid, sús, á mi defensa,
que asi os cumple como buenos.
Dad á esa traicion castigo,
poned á esa audacia freno.
Que aunque muger, desprovista
tan de valor no me encuentro,
que no pueda la coraza
vestir, empuñar el hierro,
y á vuestra frente en el campo
humillar á los soberbios
que osan mancillar mi nombre,
ó dudar de mis derechos.

(*Momento de silencio con ansiedad general.*)

TORRELLAS. Permitd, alta señora,
que como acaso el mas viejo

de cuantos hoy la honra tienen
de acataros, sea el primero
que á vuestras nobles palabras
dé respuesta con respeto.
Quién soy Aragon no ignora,
que mi interes y el del reino
son uno mismo es notorio,
que mi sangre y abolengo
seguridades ofrecen
de lealtad en todo empeño,
no habrá quien ose dudarlo;
no habrá, no, viven los cielos,
que aun no es báculo mi espada,
ni aquestas canas son hielo.
Con antecedentes tales
á decir aqui me atrevo
lo que mi conciencia solo
dicta á mis labios, y es esto.
(*Atencion general.*)
Señora, el rey don Alonso
vivo está: y es el roméro
que impostor hoy apellidas
acaso con poco acuerdo.
(*Movimiento general.*)
Yo le conocí, señora,
y le serví en ese excelso
dosel. Le seguí á los campos,
le acompañé en los reencuentros.
Merecí su confianza,
siempre asistí á su consejo,
confirió conmigo planes,
depositó en mí secretos.
Y de su noble presencia
los rasgos grabados tengo
con tan pronunciadas líneas
en la mente y en el pecho,
que no es posible me engañen,
señores, mis ojos mesmos:
y esta mañana le he visto,
y examinado con ellos.
Y escuchando sus palabras
reconocí sus acentos,

y mi razon aclararon
con infalibles recuerdos.
Ese anciano peregrino
es, gran señora, creedlo,
el emperador de España
don Alonso, tio vuestro,
al que el glorioso renombre,
en cuanto abarcan los cielos,
sus hazañas y conquistas
de batallador le dieron.

(*Momento de silencio y de agitacion.*)

ARZOBISPO. Ilustre Fortun Torrellas,
aunque tengan tanto peso
para mí vuestras razones,
y los dictámenes vuestros;
pues sé vuestras calidades
y vuestra virtud respeto;
permitidme hoy, sin agravio,
un parecer muy diverso.
Y considerad conmigo
que cuando inspira el infierno
la ambicion á un desalmado,
que anhela usarpar un cetro,
de falaces apariencias,
de alucinantes pretestos,
de engaños y de mentiras
le ofrece abundantes medios.
Porque el demonio es en suma
quien rige su alma y su cuerpo,
y de ficciones y engaños
el demonio es gran maestro.
Y provisto de noticias,
y de confidencias dueño,
finge, miente, disimula,
contrahace la voz y el gesto:
y alucina facilmente
la buena fé de los buenos,
que porque lo son no saben
lo que saben los perversos.
No es dificil, ó Torrellas,
al cabo de tanto tiempo
de remota semejanza

equivocar los recuerdos.
Despues de tan largos años
el emperador, que muerto
lloramos todos en Frága,
torna en trage de roméro.
¿Y dónde estuvo escondido?
¿cómo no vino á su reino,
cuando un hombre lo regía
con una espada por cetro?
—Y si es el rey don Alonso,
¿por qué franco y descubierto
no ha venido á este palacio
de Zaragoza derecho,
en vez de andar con disfraces
alucinando á los pueblos,
allegando malhechores
y trastornado los reinos?
—El emperador insigne
de otro modo muy diverso
se portára. Aragoneses,
en ese anciano roméro
solo un malvado descubro,
solo un impostor encuentro,
tan solo un agente miro
de los planes del infierno.

TORRELLAS. (*Con calor.*)
Quien dude que es don Alonso,
(dicho sea con respeto
del venerable arzobispo,
á quien acato y venero,)
pone mi verdad en duda,
y la lealtad de mi pecho.

ARZOBISPO. De buena fé alucinarse
puede el mejor caballero.

TORRELLAS. (*Resuelto.*)
Repito que es don Alonso,
emperador de estos reinos,
el que he visto esta mañana,
y á quien he hablado yo mesmo.
A la tierra santa un voto
le llevó desde el funesto
campo de Frága, y cautivo

despues de los sarracenos,
en una mazmorra esclavo
ha gemido largo tiempo,
sin poder venir á España
para reclamar su reino.
Mas pues ya en ella el pié puso
en busca de sus derechos,
y le juré pleitesía
mientras viviese, contemplo
que es mi obligacion sagrada
servirle, y en todo estremo
cual su vasallo ayudarle
á que recobre su imperio.

(*Hace una profunda reverencia, y vase seguido de algunos.*)

D.ª ISABEL. (*Apoyándose desmayada en una de las damas.*)
¡Ay de mí!

ALVERO. Yo, con Torrellas,
porque de lëal me precio,
á servir á mi rey parto,
como cumple á un caballero.
(*Vase seguido de algunos.*)

GARCÉS. Y yo tambien, convencido
de que el legítimo dueño
de Aragon es don Alonso,
que nos devuelve hoy el cielo.
(*Vase seguido igualmente de algunos.*)

D. PEDRO. (*Saliendo en medio de la escena con calor y entusiasmo.*)
Pues yo juro morir en la defensa
de ese trono legítimo, y mi acero
al que osare traidor hacerle ofensa
justo castigo le dará el primero.
Miente quien dice y asegura y piensa
que es el rey don Alonso ese roméro.
Y hoy á la reina el corazon consagra,
si la abandonan todos, Pedro Azagra.
Sí, yo combatiré los desleales:
sí, yo combatiré los impostores.
Aquellos que se precien de leales
cerquen mi enseña, y sigan mis tambores.

Que en medio de esos campos desiguales
escribirá con sangre de traidores
dónde el derecho de mi reina alcanza
el hierro agudo de mi fuerte lanza.
Nobles zaragozanos siempre fieles,
venid ardiendo en saña vengativa,
por reina tal á recoger laureles,
si en la lealtad vuestro blason estriba.
Demos asunto á plumas y á cinceles.
Viva nuestra gran reina.

TODOS. (*Rodeando con gran entusiasmo á don Pedro.*) ¡Viva! ¡viva!!!

D. PEDRO. Venid, venid conmigo; defendamos
á la reina y al trono que adoramos.

(*Cae el telon.*)

Jornada segunda.

ESCENA PRIMERA.

El teatro representa la cámara de la reina en el palacio de Zaragoza. Aparecen LA REINA sentada y abatida, junto á una mesa, y EL ARZOBISPO de pié consolándola.

ARZOBISPO. Templad, señora, el llanto,
que no es el infortunio para tanto
como para abatir, asi deshecho
en lágrimas amargas, vuestro pecho.
El cielo no abandona
la legitimidad de esa corona
que puso en vuestra frente,
y que afirma su brazo omnipotente.
Ese impostor tirano
por aumentar sus fuerzas lucha en vano,
y tan solo seguro
le da de ese castillo el fuerte muro,
que por vuestros valientes combatido,
pronto ha de verse á vuestros pies rendido.
Y aunque nuevos parciales allegára,
su orgullo se estrellára
y su arrogancia fiera
de Zaragoza en la lealtad sincera,
que ferviente os consagra.

REINA. (*Con la mas viva espresion de desconsuelo.*)
¡Mas cayó en su poder Pedro de Azagra!

ARZOBISPO. ¡Pérdida grande...! es cierto:
mas no causó por dicha desconcierto
ni abatimiento y susto
en los que aclaman vuestro nombre augusto.

Hasta el suceso mismo,
si de Azagra encarece el heroismo,
demuestra la impotencia y cobardía
de esa desventurada bandería;
pues no osando salir á la pelea
ni combatir en donde el sol la vea,
por don Pedro de Azagra provocada
á singular combate,
rompió la fé jurada,
y al gallardo magnate
en pérfida emboscada
diez aleves jayanes sorprendieron
y sin peligro grande lo prendieron.

REINA. ¡Oh flor de la lealtad y valentía!
¡Ay, desgarrada tengo el alma mia!

ARZOBISPO. El valeroso Aznáres,
de cuyo nombre y glorias militares
y valor sin segundo
está admirado con razon el mundo,
al prisionero Azagra reemplazando,
de vuestras fieles tropas tiene el mando.
y su arrojo y destreza
muy pronto rendirán la fortaleza.

REINA. ¡Ay...! rescatar primero
á toda costa á Pedro Azagra quiero.
Si peligra su vida...

ARZOBISPO. No es de temer, señora; defendida
por Torrellas será, pues lo colijo
de ver que siempre le trató cual hijo.
Y es Torrellas honrado caballero,
que alucinado sigue á ese roméro;
el cual nada ganára
si á prisionero tal sacrificára,
que es de Aragon amado,
de ilustre nombre y poderoso estado.

REINA. (*Agitada.*)
No calman mis temores,
que todo lo recelo de traidores;
forzoso es que se trate
á toda costa, sí, de su rescate;
mis joyas, mis preseas...

ARZOBISPO. Pues que tanto, señora, lo deseas,

á don Jofre de Alvero
mandaré con sigilo un mensagero.
...Mas pensarlo es forzoso,
por no arriesgar un paso indecoroso;
y siempre lo es ingrato
entrar con los rebeldes en contrato.
Calmad ¡ah! vuestro pecho
con la lealtad vehemente satisfecho,
y en que mi fé se goza,
que os está demostrando Zaragoza.
Enjugad ese llanto
y confiemos en el cielo santo,
que la razon proteje y la justicia,
y del traidor confunde la malicia.
(*Suenan campanas á lo lejos.*)
Mas ya el bronce sagrado
me llama al ministerio de mi estado.
Corro al altar, y á que resuene el templo,
dando á los fieles fervoso ejemplo,
con santas oraciones,
que aseguren el triunfo á tus pendones.

REINA. (*Se levanta y le besa la mano.*)
Sí, volad. Y en el santo sacrificio
demandad al Señor que sea propicio
al que preso y de hierros abrumado
es de virtud y de lealtad dechado.

(*Vase el arzobispo.*)

REINA. (*Creciendo su agitacion.*)
¿Por mí ¡cielos! Azagra entre cadenas?
¿Por mí en peligro su preciosa vida?
...No puedo respirar ¡ay! sumergida
en espantoso piélago de penas.
Ya que á luchar conmigo me condenas,
estrella inexorable en que nacida
fuí yo triste, ¿tu rabia embravecida
por qué tan solo contra mí no llenas?
¿Será Azagra infeliz porque le adoro...?
¿Por qué, si ignora la pasion activa
que en mi angustiado corazon devoro?
Pierda mi trono; el impostor roméro
disponga de Aragon, y Azagra viva:
sálvese, y que perezca el orbe entero.

(*Fuera de sí.*)
¿Qué es el cetro y la corona,
qué es Aragon, qué es el mundo
¡oh destino furibundo!
si á Azagra veo morir?
Caiga el sol de su alta zona,
piérdase todo en un dia,
y gócese el alma mia
con ver á Azagra vivir.
Hasta mi pecho
desventurado
sacrificado
sea por él:
roto, deshecho
al medio apele,
que mas le duele.
(*Resuelta acercándose á la puerta, y en voz alta.*)
¡Hola...! ¡Isabel!

Sale DOÑA ISABEL llorando.

D.ª ISABEL. Señora.
REINA. (*Con viveza.*)
Enjuga el llanto,
tranquiliza tu pecho,
y á tan gran desventura
pongamos un remedio.
Sí, amiga, de consuno
entrambas trabajemos
para romper de Azagra
los opresores hierros.
Salvarle es lo que importa,
que lo demas es menos.
D.ª ISABEL. ¿Y yo, desventurada,
yo, que tanto lo anhelo,
y que la vida diera
por salvar á don Pedro,
qué podré hacer, señora,
cuando el destino adverso
á tal punto conmigo
se embravece violento
que hasta perder la gracia
con que me honrabais temo?

REINA. (*Con ansiedad.*)
¿Por qué...?

D.ª ISABEL. Porque mi padre
alucinado y ciego
os abandona...

REINA. (*Con viveza.*) Calla,
que justamente veo
en que tu padre siga
ese bando perverso
de libertar á Azagra
el mas seguro medio,
y tú solo...

D.ª ISABEL. Señora,
lo que no haga el esfuerzo
y la alta omnipotencia
de vuestro brazo regio,
¿lo hiciera yo...?

REINA. Sin duda:
escúchame un momento:
Tan solo hay media legua
al castillo en que preso
gime infeliz Azagra:
corre, vuela te ruego,
habla á tu padre, llora,
y si con torvo ceño
te escucha, y no le ablandas,
di que vas de mí huyendo,
que me detestas dile,
dile... que...

D.ª ISABEL. Me estremezco.

REINA. Sí, todo por salvarle,
que lo demas es menos;
dile...

D.ª ISABEL. (*Conmovida.*)
Señora mia,
jamas, jamas... ¡oh cielos!
y todo inútil fuera:
es mi padre de hierro...
y tenaz, inflexible...

REINA. ¿Resistirá á tus ruegos?

D.ª ISABEL. Sin duda.

REINA. Pues bien, oye;

otra senda busquemos.
Vé al castillo provista
de cuanto yo poseo,
llévate mis tesoros,
mis joyas y mi cetro;
todo el oro lo alcanza,
gánate por su medio
una pronta entrevista
¡ay de mí! con don Pedro.
Dile que le levanto
de lealtad el empeño,
que del pleito-homenage
que me hizo le relevo,
que jure pleitesía
al impostor... que quiero
que le sirva, y le ayude
á arrebatarme el reino,
que maldiga mi nombre,
que destruya mi imperio,
que...

D.ª ISABEL. (*Consternada.*)
¿Delirais, señora?
¿Qué pronunciais...? ¡oh cielos!

REINA. (*Con vehemencia.*)
Sálvese Pedro Azagra,
que lo demas es menos.
¡Oh dolor...! sí... tú misma
grande interes en ello
tienes, que es... ¡ay! tu amante,
y te aguardan risueños
y venturosos dias...
(*Aparte.*)
yo me ahogo... ¡Dios eterno!
(*Alto.*)
en amorosos lazos,
llamándole tu dueño.
(*Pausa.*)
Vuela, (*Con viveza.*) mi oro derrama,
apura tu talento,
tu amor, tu astucia, todo;
no perdones esfuerzo,
y de cualquier manera,

sin pararte en los medios
y á toda á toda costa,
salva su vida. — El tiempo
urge, corre al castillo,
ven, sígueme.

ISABEL. Obedezco.

ESCENA II.

Decoracion corta que representa un corredor interior del castillo de Atarés. Salen BERRIO de soldado ridículo, y SANCHA con una gran cesta cubierta con una servilleta.

BERRIO. (*Enojado.*)
Mal muermo los mate, amén.
Requiebren á la borrica,
pero contigo, Sanchica,
que tengan mas ten con ten.

SANCHA. Zeloso..., si no dijeron
sino que...

BERRIO. ¿Sino qué...? Ya.
Pues si vuelven, voto va...

SANCHA. Saber quién era quisieron
y registrarme...

BERRIO. (*Con viveza.*) ¡Caramba!

SANCHA. La cesta.

BERRIO. Eso es diferente:
que iba á ver, pensé, esa gente
si eras ó no patizamba.

SANCHA. Yo les dije...

BERRIO. Con la tropa
no haya dimes ni diretes;
que te daré de cachetes,
y á ellos un tiento en la ropa.

SANCHA. ¿Quién, tú...?

BERRIO. Yo. Soy militar
tan duro, que de un porrazo
á un gigante le echo un brazo,
como quien dice, á rodar.

SANCHA. ¡Quiá! Berrio, ¿te has vuelto loco?
¿De cuando acá tan valiente?
BERRIO. Desde ayer, y ya la gente
me teme á mí mas que al coco.
Anoche salté de un brinco
el foso hecho un Barrabás,
y de un solo tajo... zás,
arrebané veinticinco.
SANCHA. ¡Qué prodigio...! ¿Y no te duele
el brazo?
BERRIO. (*Muy ufano con aire de superioridad.*)
¡Pobre muchacha!
¿No conoces en mi facha...?
SANCHA. (*Burlándose.*)
Tu facha es la de un pelele.
BERRIO. Gracias por el agasajo.—
¿Y qué me traes de comer?
¿O vienes solo á coger
en la puerta un requebrajo?
SANCHA. Traigo... Pero ya no quiero
por zeloso darte nada,
¡ingraton! Muy bien pagada
estoy cuando de porquero
hago por tí allá en la venta,
y el morueco y los marranos
me tienen por esos llanos
ajustándoles la cuenta.
Y cuando con la borrica
vengo tan cargada aqui,
para que tú comas, y...
BERRIO. Te perdonaré, Sanchica.
SANCHA. ¿Perdonarme, tú, bribon...?
¿Eres quien de cerro en cerro
tras mí andabas como un perro
pidiéndome compasion?
BERRIO. Cumplir debo con mi estado.
Y aunque tú mi novia eres,
despreciar á las mugeres
propia cosa es de soldado.
SANCHA. (*Riéndose.*)
Si eres soldado postizo.
BERRIO. Vaya muy enhoramala,

que á soldado no me iguala
ni aun el padre que me hizo.

SANCHA. Pues soldado por soldado,
con esta cesta preñada
voy á buscar á la entrada
á aquel que me ha requebrado.

BERRIO. (*Deteniéndola.*)
¡Sancha, eso no, pése á mí!
que si tú zelos me das,
tengo aun de esa cesta mas.

SANCHA. ¡Hola...! ¿con que hay hambre?

BERRIO. (*Atacando á la cesta.*) Sí.

SANCHA. (*Defendiéndola.*)
Pues con el hambre se amansan
los animales. Y tú...

BERRIO. (*Enojado.*)
Sanchica de Belcebú,
ya tus desdenes me cansan.

SANCHA. Si no me pides perdon
de tantas altanerías,
se come estas porquerías
aquel bravo moceton.

BERRIO. (*Acariciándola.*)
Anda, no seas bobona,
dale esa cesta á tu niño,
que por tí está de cariño
opilada la persona.

SANCHA. Siendo asi, bueno, me ablando.

(*Pone la cesta sobre un poyo que habrá á un lado.*)

BERRIO. Vuelva, vuelva aqui la cesta,
que mi barriga dispuesta
vengo á engullirlo volando.
(*Se sienta.*)
Veamos pues qué traes, Sanchica.

SANCHA. (*Sentándose en el suelo va sacando de la cesta lo que dice.*)
Un pan, chorizo, jamon,
y aqui abajo en el hondon
viene una cosa muy rica.
...Una cebolla.—Ademas
la bota con cariñena.

BERRIO. ¿Y viene, Sanchica, llena?

SANCHA. Y pronto la agotarás.
BERRIO. Tráela acá, le daré un beso: (*Toma la bota.*)
bien haya quien la enjendró. (*Bebe.*)
SANCHA: (*Sujetándole el brazo.*)
Ya basta de hacer cló... cló...
BERRIO. ¿Y se te ha olvidado el queso?
SANCHA. No lo olvidé, viene aqui.
(*Lo saca y se ponen ambos á comer.*)
Y dime ahora, ¿qué hay de nuevo?
BERRIO. (*Comiendo.*)
Tenemos preso un mancebo
como un oro.
SANCHA. ¿Quién es...? Di.
BERRIO. (*Sin dejar de comer.*)
De la reina el general,
que ayer tarde con gran brio
salió á pedir desafio
ahí, en medio de ese erial.
Y desde aqui le llamaron,
y habria bebido un traguito,
pues se acercó muy solito,
y diez hombres lo atraparon
como á una liebre en la cama
diez galgos.
SANCHA. ¿Y es muy buen mozo?
BERRIO. Solo de verle da gozo.
SANCHA. ¿Y sabes cómo se llama?
BERRIO. Don Pedro Azagra.
SANCHA. (*Pasmada.*) Ese es
novio de la señorita.
BERRIO. ¿De aquella niña bonita,
hija de Torrellas?
SANCHA. Pues.—
¿No te acuerdas que han estado
en la venta á merendar
mil veces?—¡Qué lindo par
despues que se hayan velado!
Y ella que es tan llana y buena
lo afligida que estará!
¡Pobrecita! ¡cuál tendrá
partida el alma de pena!
BERRIO. Venga la bota. (*Bebe.*) Pues no

quisiera yo en el pellejo
hallarme del mozalejo,
que esta gente... ¿qué sé yo?

SANCHA. ¿Qué, Berrio..? Di.

BERRIO. Arrepentido
y mucho, Sanchica, estoy. (*Bebe.*)
En cuanto pueda me voy. (*Bebe.*)
Hay aqui mucho perdido.
(*Se levanta sorprendido notando que alguien se acerca.*)
¡Santa Bárbara! que viene...

SANCHA. (*Asustada.*)
Y... ¿quién viene...?

BERRIO. (*Con gran miedo y santiguándose.*)
¡San Antonio!
El mismísimo demonio.
...¡Jesus! ¡y qué cara tiene!
Si me ve aqui... Pronto, chica,
recoge todo, recoge...
que pondrá, como se enoje,
mi cabeza en una pica.
(*Sancha lo mete todo en la cesta, con gran turbacion.*)

Salen DON LOPE DE AZAGRA, con su trage de peregrino, y MAURICIO, y se paran á hablar sin reparar en Berrio y Sancha, que demuestran gran terror.

D. LOPE. Sí, sí, ya resuelto estoy
¡padre infeliz! á abrazarle.

MAURICIO. Mas tratad de alucinarle
sin descubrir...

D. LOPE. A eso voy.
(*Repara en Berrio y en Sancha.*)
¡Cielos...! ¿un soldado alli?

MAURICIO. (*Reconociéndolos.*)
Es el villano simplon,
que era porquero de Anton.

D. LOPE. Fuerza es echarle de aqui.
(*Acercándose y con tono severo.*)
¿Qué hace el vicioso soldado,
solo, con una muger?

SANCHA. (*Temblando.*)
¡Ay!

BERRIO. (*Turbado.*) Nada malo... comer.
D. LOPE. Vaya á su puesto, ó colgado
será al punto de una almena,
y ella emplumada.
BERRIO. (*Aparte á Sancha, que recoge la cesta.*)
Arre allá.
Y cual lo dice lo hará.
¿ Ves tú que no es gente buena?
(*Vanse Berrio y Sancha.*)
D. LOPE. ¡ Ay cómo tiemblo, Mauricio!
mi pecho va á reventar.
¡Qué tormento singular,
qué espantoso sacrificio
tener encerrado asi
al hijo del alma mia,
cuya noble valentía
ayer encantado vi!
De su noble corazon
son el arrojo y lealtad
para su padre, en verdad,
terrible reconvencion.
MAURICIO. Si has de demostrar flaqueza,
cuando ya no falta nada
para que veas colocada
la corona en tu cabeza,
no vayas adonde vas.
D. LOPE. ¡ Ah...! No eres padre. Por eso...
MAURICIO. Y si no has perdido el seso
tú mismo conocerás
que olvidar el que lo eres
es preciso en este paso;
pues olvidándolo, acaso
mostrarás mas lo que quieres
á ese hijo. Si por él
cual dices has emprendido
el plan, en que te he seguido
como tu amigo el mas fiel...
D. LOPE. (*Profundamente afectado.*)
En favor suyo emprendí
este... crimen.
MAURICIO. (*Con enfado y desden.*)
¿Que me asombre

no estrañarás...?

D. LOPE. (*En tono solemne.*) Es el nombre
que tiene mi empresa. Sí. —
(*Con naturalidad.*)
Digo que si en su favor
me he metido en este empeño,
en su favor seré dueño
de disfrazarle mi amor.

MAURICIO. En buen hora le visita.
Mas que sea como rey,
que á hombre de tan alta ley
con interes solicita.
Mas no haya inútil terneza,
ni indiscreta confianza,
que de veras ó de chanza
nos cueste á ambos la cabeza.
(*Vanse por distintos lados.*)

ESCENA III.

Prision del castillo de Atarés, y sale DON PEDRO LOPEZ DE AZAGRA, sin espada, y como preso.

D. EEDRO. (*Abatido.*)
Tu amor, divina Isabel,
en tan dura situacion,
derrama en mi corazon
no consuelo, sino hiel.
Tu padre á mi reina infiel
hundió nuestro porvenir,
y me condena á morir,
pues, la esperanza perdida
de consagrarte mi vida:
¿para qué quiero vivir?
¿Por qué tardan los traidores,
que con tal alevosía
burlaron mi valentía,
en completar sus furores?

De mi estrella los rigores
(pues que ya, Isabel, la suerte
me ha condenado á perderte)
en este obscuro confin
tengan presuroso fin,
en los brazos de la muerte.
(*Se oye ruido de cerrojos.*)
¿Mas qué es esto...? Alguien aqui
se acerca... ¿Será un verdugo?
Si tal á los cielos plugo
afortunado nací.
(*Se sienta en un poyo que habrá á un lado.*)

Sale DON LOPE DE AZAGRA y se detiene como indeciso.

D. LOPE. (*Aparte.*)
¡Qué tremenda agitacion
me destroza y me confunde!
¡Qué peso me abruma y hunde
al pisar esta mansion!
(*Clavando los ojos en don Pedro.*)
¡Qué gallardo...! ¡Qué altivez
tan noble en su rostro veo!
(*Aterrorizado bajando los ojos.*)
¡Ay de mí, que soy yo el reo,
y mi hijo el severo juez!
(*Avanzando con dignidad, y haciendo un esfuerzo para aparentar firmeza.*)
Don Pedro Azagra, escuchad.

D. PEDRO. (*Con entereza y sin levantarse.*)
¿Azagra...? ¿Quién me nombró...?

D. LOPE. (*Parándose á distancia.*)
Es vuestro rey.

D. PEDRO. (*Con dureza.*) Eso no;
que su obediencia y lealtad
y su fé solo consagra
al legítimo derecho
de la reina, el noble pecho
de Pedro Lopez de Azagra.

D. LOPE. Mirad, jóven imprudente,
que os perdeis alucinado.

D. PEDRO. Lo que es, tengo bien mirado

á mi sangre conveniente.

D. LOPE. (*Esforzándose.*)
Ved que el alto emperador
don Alonso, el que á su nombre
unió el glorioso renombre
de fuerte batallador,
es el que teneis delante.

D. PEDRO. (*Indignado.*)
Mentís, que fué muerto en Frága,
y no hay prueba que deshaga
una verdad semejante.

D. LOPE. (*Disimulando la turbacion.*)
Por altos juicios de Dios
en aquel empeño fuerte
triunfar logró de la muerte.

D. PEDRO. No basta lo digais vos.

D. LOPE. Si vuestro padre viviera...

D. PEDRO. (*Interrumpiéndole.*)
A la reina defendiendo,
y su obligacion cumpliendo,
vuestra audacia confundiera.

D. LOPE. (*Aparte.*)
¡Cielos...! La sangre me ahoga.
¡Qué dura reconvencion!
(*Alto y disimulando.*)
Aunque ya por mi razon
tanto brazo noble aboga,
quiero, porque bien os quiero,
y no acierto á castigaros,
con muestras claras probaros
ser vuestro rey verdadero.
Y que estando vivo yo
no es legítimo el derecho
de mi sobrina...

D. PEDRO. Sospecho
que quien soy se os olvidó.
Soy Azagra, y si es verdad
que á mi padre conocisteis,
sin duda un muro en él visteis
de teson y de lealtad.
Y nunca desmerecí,
por lo que os cansais en vano,

astuto y pérfido anciano,
la sangre que le debí.

D. LOPE. (*Acercándose enternecido.*)
¡ Pedro...! ¡ Pedro!!!

D. PEDRO. (*Levantándose como para contenerle.*)
¡ Ah...! No llegad
hasta mí. — Que si no fuera
porque una vaga quimera
me turba, y por vuestra edad,
(*Con energía.*)
os hiciera mil pedazos,
dando tremendo castigo
al impostor enemigo
de la reina entre mis brazos.

D. LOPE. (*Arrojándose fuera de sí en los brazos de don Pedro.*)
Pues ahoga á tu padre, sí,
ahógalo en ellos, cruel.

D. PEDRO. (*Cayendo consternado en el asiento.*)
¿Es... ¡ay! la voz de Luzbel,
ó la de Dios, la que oí?

(*Queda enagenado y convulso, y despues de un momento de inaccion y de silencio, se sienta tambien don Lope y le toma temblando una mano.*)

D. LOPE. Oye, Pedro... oye, hijo mio.
Soy tu padre, atento escucha,
y verás que por tí solo
me encuentro en tan grave angústia.
Por tí solo, pues tú fuiste
siempre en mis varias fortunas
el ídolo de mi pecho,
de mis afanes la suma.
Aunque herido, logré en Frága,
de tantos valientes tumba,
salvar la vida. El cadáver
del rey vi al paso, y con pura
lealtad del collar y anillo
le despojé, porque augustas
prendas tales el trofeo
no fueran de infieles nunca.
Perdido entre las montañas
por donde emprendí mi fuga,

de un jeque me vi cautivo,
que me llevó luego á Suria.
Alli me fugué, auxiliado
por la audacia y por la industria
de ese astuto monge griego
que aqui me sigue y me ayuda.
Hablando con él un dia
de la desastrosa lucha
de Frága, el collar y anillo,
prendas que por siempre ocultas
me acompañaron, mostréle;
y la semejanza suma
le dije que en voz y en gesto,
talle, ademan y figura
tenia yo con el difunto
rey don Alonso. Y la astucia
de Mauricio vió al momento
una feliz coyuntura
en aquellas circunstancias
para tentar la fortuna.
Opuse á sus sugestiones
risa, creyéndolas burla.
Mas las repitió constante
con razones tan astutas,
durante los largos años
que otras nuevas desventuras
corrimos juntos, que al cabo
venció mi tenaz repulsa.
Y de que asi se torciera
mi alma siempre recta y justa,
tú fuiste la causa solo,
mi cariño te lo jura.
Anhelando colocarte
del trono en la alteza suma,
abracé, infeliz, la idea
con decision tan profunda,
que llegó á hacerse muy pronto
dominadora absoluta
de mi existencia. Y tú solo,
tú solo tienes la culpa,
tú solo, hijo de mi alma,
mi esperanza en tanta angustia,

de mi afan único objeto,
iris de mis desventuras.

D. PEDRO. (*Convulso y escondiendo entre sus manos el rostro y cabeza.*)
¡Dios eterno...! ¡Dios eterno!
...¿Dónde estoy...? ¡Ah...!

D. LOPE. Pedro, escucha.
Consiguió astuto Mauricio
minar por la vez segunda
nuestros hierros, y volamos
á Marsella. La fortuna
nos proporcionó al momento
de Aragon nuevas seguras;
y al saber que habia quedado
del gran Berenguer viuda
la reina jóven y hermosa,
mas sin fuerza y sin cordura,
juzgamos que el mismo cielo
daba á nuestro plan ayuda,
ofreciéndonos propicio
la ocasion mas oportuna.
Vinimos á Barcelona,
y con próspera ventura
la empresa, hijo, comenzamos
que una corona te funda;
y que sin tu leal denuedo,
mal dije, sin tu locura
ya estuviera realizada.
Mira pues lo que rehusas.

D. PEDRO. ¿De ahogadora pesadilla,
que me confunde y abruma,
estoy ¡ay de mi! en los brazos...?

D. LOPE. (*Queriendo abrazar á su hijo.*)
En los de amor y ternura
de tu padre estás.

D. PEDRO. (*Levantándose con violencia, y rechazando á su padre.*) ¡Oh cielos!
Apartad, demonio, ó furia,
apartad.

D. LOPE. (*Separándose aterrorizado.*)
¡Ay yo infelice...!
la tierra me trague y hunda.

D. PEDRO. (*Conmovido.*)
¿Por qué, padre, vuestros brazos
no me ahogaron en la cuna?
(*Con nuevo furor.*)
¿Mas qué dije...? ¿Vos mi padre?
No; que á ser mi padre, nunca
en vuestro pecho cupieran
la traicion y la impostura.
Cual os fingiste el rey muerto
mi padre os fingís sin duda.

D. LOPE. (*De rodillas y abrazando las de su hijo.*)
¡Hijo del alma...! ¡Hijo mio!

D. PEDRO. (*Levantándolo bruscamente.*)
No me afrenteis.

D. LOPE. (*Llorando.*) Oye... Escucha.

D. PEDRO. (*Retirándose.*)
Marchad, dejadme... La muerte
termine tan rara pugna.
Basta.—Si sois don Alonso
rompa la cuchilla aguda
de los verdugos mi cuello,
que doblarse á vos rehusa.
Si mi padre sois matadme,
pues que mancha tan inmunda
en la sangre habeis echado
que por mis venas circula.
(*Avanzando en nuevo furor.*)
Mas no sois ni uno ni otro;
dejadme... pronto... Mi furia
es tal... y tál mi despecho...
y mi suerte tan sañuda,
que tal vez...
(*Conteniéndose de pronto.*)
Marchad, anciano,
que mi decision me asusta.

D. LOPE. (*Confundido.*)
¡Ay de mí...! ¡destino horrible!
El infierno me confunda.
(*Vanse por distinto lado.*)

ESCENA IV.

La misma decoracion de la escena segunda representando el corredor interior del castillo. Empieza á anochecer, y se va obscureciendo lentamente el teatro. Sale MAURICIO inquieto.

¡Cuánto don Lope tarda!
Algun desastre temo
de ese remordimiento que acobarda
su corazon, y del delirio estremo
que por el hijo tiene.
Mas ya torna hácia aqui... ¡Cielos...! ¡cuál viene!

Sale DON LOPE DE AZAGRA, precipitado y temeroso.

D. LOPE. ¡Ay...! ¿Eres tú, Mauricio...?
Tenme, tenme en tus brazos,
que abierto ante mis pies un precipicio
está sin fondo, en que me haré pedazos.
(*Con gran terror.*)
Tenme, tenme... ¿No miras...?

MAURICIO. (*Sosteniéndole.*)
¿Qué pronuncias, don Lope...? Tú deliras.
Tú, tan docto maestro
en fascinar la gente,
¿acaso no has logrado astuto y diestro
conquistar á ese jóven imprudente?
¿Incrédulo persiste...?
¿Cómo le hablaste pues...? ¿Qué le dijiste?

D. LOPE. (*Temblando.*)
¡Ay...! Alentar no puedo.
Cuanto miro me espanta,
mi pecho aprieta aterrador el miedo,
hiélaseme la voz en la garganta:
¡me persigue aun mi hijo!!
(*Mirando con terror el lado por donde salió.*)

MAURICIO. Vuelve, don Lope en tí; dime qué dijo.

D. LOPE. Mauricio, retrocedamos.

MAURICIO. (*Con viveza.*)
¿Adónde...? ¿Por qué...? jamas.
No podemos ir atrás.

¿ No contemplas dónde estamos?
(*Recapacitando.*)
¿Mas qué es esto?

D. LOPE. Que mi hijo...

MAURICIO. ¿Se negó á reconocerte
por don Alonso?

D. LOPE. La muerte
me ha dado lo que me dijo.
¡Qué fé...! ¡Qué noble lealtad!

MAURICIO. (*Receloso.*)
Y tú luego que advertiste
tanto teson, encubriste...

D. LOPE. No. Le dije la verdad.

MAURICIO. Nos has, don Lope, perdido
sí libre...

D. LOPE. No me creyó,
que el que una vez miente, no
puede ser otra creido.

MAURICIO. ¿No te creyó...?

D. LOPE. (*Con dolor.*) Aunque mis brazos,
mis lágrimas, mis lamentos
los penetrantes acentos
de un corazon en pedazos
le demostraron.

MAURICIO. (*Suspenso.*) Muy bien. —
Ya es terrible el compromiso.

D. LOPE. Y desistir es preciso...

MAURICIO. (*Con enfado.*)
¿De qué, don Lope...? ¿Y por quién?

D. LOPE. ¡Su oposicion es tan fuerte!

MAURICIO. ¿Le revelaste indiscreto...?

D. LOPE. Sabe, sí, todo el secreto.

MAURICIO. (*Aparte.*)
Y yo le daré la muerte.

D. LOPE. Lo sabe, y tenaz opuso
tan airada resistencia,
que me temí una violencia,
y grave terror me impuso.
— Yo para mí nada quiero,
todo lo hacia por él.
Si lo rechaza cruel,
¿qué adelanto ya, qué espero?

MAURICIO. (*Aparte.*)
Tal desaliento me asusta,
y reanimarlo es forzoso.
(*Alto.*)
Te juzgué mas animoso,
y de vejez mas robusta.
Que á sospechar, vive Dios,
que tan miserable era,
jamas Aragon nos viera
en tal empresa á los dos.
¿De un mancebo alucinado,
que conoce el mundo apenas,
las declamaciones llenas
de celo mal meditado,
tan ridícula influencia
pueden ejercer en tí?
... De mas temple te creí,
de mas madura esperiencia.
Haz venturoso á tu hijo
aunque sea á su pesar,
pues las gracias te ha de dar
burlando de cuanto dijo.
Hay personas que es forzoso
dichosas por fuerza hacer,
sin tomarles parecer.

D. LOPE. (*Como hablando entre sí.*)
Con un crimen afrentoso...
¡Usurpando...!

MAURICIO. Veo que estás
delirante y sin razon.
Sin crimen de usurpacion
puedes ir adonde vas.
A tu patria, haciendo, sí,
un servicio imponderable,
con el nombre respetable
de don Alonso. (*Pensando un momento.*)
Oye.

D. LOPE. Di.

MAURICIO. Postrado, atónito el mundo,
creyéndote el guerreador
que le impuso con valor
un respeto tan profundo,

á Aragon acatará:
y de la hispana nacion
por tu prestigio Aragon
el dominio cobrará.
Y su gloria ya afirmada
declaras por tu heredera
á la reina verdadera,
á la reina destronada,
que juzgarán tu sobrina,
y casas á tu hijo con ella,
puesto que es jóven y bella,
y el objeto á que camina
tu afan consigues asi,
con ventaja de Aragon,
sin crimen de usurpacion,
y sin mengua alguna en tí.

D. LOPE. (*Como volviendo en sí.*)
¿Me habla por tu boca el cielo?
¡Son tan claras tus razones!

MAURICIO. De infundadas ilusiones
te las ocultaba el velo.
Y para á cima llevar
intentos de tal grandeza,
no el corazon, la cabeza
debe solo dominar.—
De tu hijo acaso el ardor
por la reina... puede sea,
ahora me ocurre la idea,
aun mas que lealtad, amor.
Y puede, don Lope, ser
que en el bien por qué suspira,
y como imposible mira,
tú le vayas á poner.

D. LOPE. (*Reanimado.*)
Tu acento mi angustia calma,
tu voz mis fuerzas me vuelve,
y tu razon desenvuelve
de las tinieblas mi alma.
Si puedo ¡ay Dios! colocar
á mi Pedro en ese trono,
que por él solo ambiciono,
sin la corona usurpar,

siga en buen hora la empresa.
Mas hoy tanto he padecido,
que como nunca he sentido
la edad que sobre mí pesa.
Descansar me es fuerza un rato.

MAURICIO. (*Llevándolo lentamente hasta la puerta.*)
Descansad, sí, reponeos,
que todos vuestros deseos
protege un destino grato.
A solas considerad
en tan crítica ocasion
cuánto os importa el teson.
(*Ya en la puerta en tono solemne.*)
Don Lope, en ello pensad.
Si persistís se os presenta
un trono para ese hijo;
si retrocedeis, de fijo
infamia á vos, á él afrenta.
(*Vase don Lope.*)

MAURICIO. (*Volviendo desasosegado al medio de la escena y paseándose.*)
¡Singular es este hombre!
¿Posible es que en los momentos
de coronar sus intentos
tanta fantasma le asombre?
¿Que con escrúpulos ande
quien diestro hasta aqui llegó,
y á Torrellas fascinó
con facilidad tan grande?
Todo es la debilidad
por ese hijo que apresado
fué en momento desgraciado.
¡Cosas de su mucha edad!
(*Queda pensativo.*)
A ese jóven es preciso
asegurar.—Indiscreto
le patentizó el secreto;
si se fuga... ¡oh compromiso!
(*Dudoso.*)
Que muera... sí, morirá.
¿Cómo...? cuando en hondo sueño
no sea de sus brazos dueño.

...Pero dificil será.
(*Reflexiona un momento, y prosigue con resolucion.*)
Beba esta noche la muerte
en un veneno. Sí, sí,
no hay bastante fuerza en mí
para herirle de otra suerte.
(*Queda meditabundo.*)

Sale BERRIO silbando y distraido, y al reparar en Mauricio se asusta y retrocede.

BERRIO. (*Aparte.*)
¡Caramba con el frailon!
Siempre charlando entre sí,
anda de aqui para alli
hecho un duende motilon.
Volvámonos pies atrás,
que al cabo le considero
pájaro de mal agüero;
y si me atrapa quizás...

MAURICIO. (*Sobresaltado.*)
¡Hola...! ¿quién es?

BERRIO. (*Sobrecogido.*) ¡Dios bendito!
(*Acercándose con ridículas cortesias de miedo.*)
Berrio soy...

MAURICIO. Oye un momento.
(*Dándose una palmada en la frente, como complacido de una ocurrencia feliz.*)
(*Aparte.*) ¡Oh, qué feliz pensamiento!

BERRIO. (*Aparte.*)
Me ha pescado en el garlito.
(*Alto.*)
¿Qué manda su eternidad?
(*Aparte.*)
Estoy de miedo difunto.

MAURICIO. (*Con mucha afabilidad, despues de mirar á todos lados para asegurarse de que estan solos.*)
Llegas cabalmente al punto
que en tí pensaba.

BERRIO. (*Escamado.*) ¡Oh bondad!

MAURICIO. Tengo, sí, que hablar contigo,
pues sabes que desde el dia

que te vi allá en la alquería,
soy muy de veras tu amigo.

BERRIO. (*Gozoso.*)
Sí, yo tengo mucho aquel,
y un ángel... que... ya.

MAURICIO. Es asi,
que eras bueno conocí.

BERRIO. Un palomino sin hiel.

MAURICIO. Pues te quisiera encargar
que á ese pobre prisionero,
jóven á quien mucho quiero,
le llevaras de cenar.

BERRIO. Ay señor... con mil amores.

MAURICIO. Mas nadie lo ha de saber,
porque el rey quiere tener
gran rigor con los traidores.

BERRIO. (*Con recelo.*)
Siendo asi...

MAURICIO. Nada sabrá,
si es que callar sabes tú.

BERRIO. Callar sé. Mas Belzebú
me sonsaca... y... agua va.

MAURICIO. Contento, y en todo caso...
tú sabes cuánto yo puedo.

BERRIO. Pues eso me quita el miedo:
(*Resuelto y con gran familiaridad.*)
padre, estoy dispuesto al paso.

MAURICIO. Sígueme, y la colacion
que le has de dar, te daré.

BERRIO. Vóyme pues con su mercé,
y sabré callar... ¡chiton!

MAURICIO. Se lo dejas todo alli
y te sales al momento.

BERRIO. Todo lo haré como un viento.

MAURICIO. Fuera espuesto para tí
quedarte...

BERRIO. Dios libre.

MAURICIO. Y ten
cuidado de no tocar
lo que le vas á llevar.

BERRIO. No soy yo goloso.

MAURICIO. Ven. (*Vanse.*)

El teatro está ya completamente obscuro, y sale DOÑA ISABEL TORRELLAS, vestida con un trage igual en todo al de Sancha, y con un rebocillo con que pueda taparse el rostro.

D.ª ISABEL. (*Con recelo y timidez.*)
¡Con cuánto susto, cielo,
estas estancias piso,
obscuras, pavorosas y asombradas!
Cada paso recelo
que á un nuevo compromiso
me lleva, y el rumor de mis pisadas,
que suenan duplicadas
por los lúgubres ecos
de las bóvedas frias,
en estas galerías,
y de estos murallones en los huecos,
me horroriza y me asombra,
y una voz me parece que me nombra.
¡Ay si mi acerba suerte
fuera tal que encontrara
con mi padre...! ¡Infeliz...! Antes quisiera
que repentinamente
en sus brazos me ahogára;
que este castillo sobre mí se hundiera.
—Ni aun hallo luz siquiera
que dirija mi paso.
...Hace un pequeño instante
que juzgué no distante
escuchar hácia aqui rumor escaso.
Mas todo está desierto,
de obscuridad y de pavor cubierto.
(*Se pasea con sobresalto.*)
Con la villana ropa
que compré á Sancha y Rita,
y con las instrucciones que me han dado,
por medio de esa tropa
desbocada y maldita,
que creyó ser yo Sancha, he penetrado.
Alli un tosco soldado
que á Berrio encontraria

por aqui asegurome...
...No sé hácia dónde tome...
...Ya empieza á vacilar la planta mia.
Señor omnipotente,
amparad á esta mísera inocente.
(*Va de uno á otro lado, escuchando, y se pára junto á un bastidor.*)
¡Ay! ¿Si estaré, Dios mio,
junto á la misma puerta
que á don Pedro infeliz sujeta y guarda?
...Tal vez del paso mio
el rumor le despierta
y al escucharlo el triste se acobarda,
porque al sayon aguarda,
y creerá ¡trance fuerte!
la tímida pisada
de su Isabel amada
la pisada espantosa de la muerte.
...¡Oh amargo pensamiento
que de mi corazon dobla el tormento!—
Allí una luz diviso,
y venir un soldado
á este lugar... Me ocultaré... ¿Y adónde?
...Preguntarle es preciso
por ese Berrio, que á mi afan se esconde.
Si afable me responde...
...Mas... ¡cielos...! imagino
que es él quien aqui viene;
aunque el trage que tiene
es diverso del suyo campesino;
aguardo rebozada
y en la bondad del cielo confiada.
(*Se cubre el rostro con el rebocillo, y se separa á un lado.*)

Sale BERRIO con una batea de mimbre, y en ella pan, dos ó tres escudillas cubiertas y una redoma de vidrio llena de vino, y ademas una lámpara de barro, encendida.

BERRIO. (*Sin reparar en doña Isabel.*)
Mucha tentacion es esta,
pan, butifarra y jamon,
¡y vino aloque...! Me temo

que no me contengo, no.
¿Mas si ese fraile lo cuca,
que es un duende, vive Dios,
y me ataja el apetito
descargándome una coz?
Táte, táte, amigo Berrio;
anda fuera, tentacion.
(*Echa á andar resuelto, y al momento se pára.*)
Mas verme solo, y pasarme
sin catar... (*Huele la redoma.*)
¡qué rico olor!
esta ampolla tan galana,
fuera ser un burro yo.

D.ª ISABEL. Berrio.

BERRIO. (*Sorprendido.*) ¡Santa Genoveva!
¿De dónde sale esta voz?
A que algun familiar tiene
que me persiga el frailon.
(*Temblando.*)
Reconozcamos... ¡qué miedo!
si alguien en el corredor...
(*Repara en doña Isabel.*)
¡Ay Jesus...! (*Cree ser Sancha y se acerca.*)
Hola, Sanchica:
¿tú, despues de puesto el sol,
vienes á ver á tu nene...?
Algun santo te inspiró.
¿La cena me traes sin duda?
No puede menos tu amor.
¿Y has entrado rebozada...?
Asi me gusta por Dios,
para evitar requebrajos
de tanto pillo tumbon.
(*Con confianza.*)
Mas ya que estás con tu esposo,
y á solas ambos á dos,
fuera ropa. (*Le quita el rebocillo y queda pasmado.*)
Mas ¡ó cielos!
esta no es Sanchica, ó
borracho estoy...

D.ª ISABEL. No, no es Sancha.

BERRIO. (*Retrocediendo.*)
¿Pues quién eres tú, vision,
que de Sancha trae la ropa,
y el rostro de Sancha no?
(*Aparte.*)
Esta es alguna mozuela
que de soldado me vió,
y muerta por mis pedazos
viene á pedir confesion.
¡Mucho garabato tengo!
¡Tengo un atractivo atroz!
En viéndome una muchacha
no hay remedio, se acabó.

D.ª ISABEL. (*Acercándose.*)
De parte de Sancha vengo
á demandarte favor.

BERRIO. ¿De parte de Sancha...? ¡malo!
Entonces es... qué sé yo.

D.ª ISABEL. (*Con dignidad.*)
Soy doña Isabel Torrellas,
la hija de tu señor.

BERRIO. (*Le arrima la luz y la reconoce.*)
¡Calle...! ¡Es verdad...! ¿Hay tal cosa?
¿Quién diablos aqui os metió...?
¿En busca de vuestro padre
venís disfrazada...?

D.ª ISABEL. No.
No, amigo, y que nunca sepa,
pues temo á su condicion,
que aqui estuve es necesario.

BERRIO. ¿Pues quién os trae...?

D.ª ISABEL. El amor.

BERRIO. (*Aparte.*)
De cierto me solicita.

D.ª ISABEL. Y la tierna compasion
al bravo don Pedro Azagra,
á ese jóven...

BERRIO. (*Recapacitando.*)
Ya, sois vos
su novia, y venís...

D.ª ISABEL. Sí, amigo,
á consolar su afliccion.

Y en tí solo confiada,
en tu honradez...

BERRIO. (*Perplejo.*) Pero yo...
¿Qué puedo hacer por serviros...?

D.ª ISABEL. Llevarme á sus brazos.

BERRIO. ¡Oh...!

D.ª ISABEL. Engañando al carcelero.

BERRIO. No hay carcelero.

D.ª ISABEL. Mejor.

BERRIO. Hay solamente un cerrojo
gordo casi como yo,
y tambien hay cuatro llaves,
pero el tiempo las tomó
y no cierran.

D.ª ISABEL. Pues entonces...

BERRIO. ¡Ay, que el cerrojo es atroz!
¿Ú os habeis imaginado
que es algun troncho de col?

D.ª ISABEL. ¿Pero descorrerlo puedes?

BERRIO. Precisamente á eso voy
para llevarle esta cena.

D.ª ISABEL. Berrio, por amor de Dios,
llévame contigo á verle
ya que tan buena ocasion
se nos ofrece...

BERRIO. ¡Señora!
donde estais no sabeis vos:
si el vejete, ó el frailote...
vaya... tiemblo de terror.

D.ª ISABEL. ¿Quién, amigo, ha de saberlo?

BERRIO. Los duendes, que hay mas de dos
en esta encantada torre,
que el mismo diablo fundó.

D.ª ISABEL. Vaya, ablándate á mis ruegos,
desecha todo temor,
complace á tu novia Sancha,
pues es quien me dirigió.
Asi con tan árduo empeño,
y su trage me prestó,
y Rita tambien te ruega,
y tambien te ruega Anton,
de mis lágrimas movidos,

y de mi amargo dolor,
que me ayudes y me lleves
á ver á Don Pedro.

BERRIO. (*Dudoso.*) ¿Yo...?

D.ª ISABEL. (*Arrodillándose y llorando.*)
Y á tus plantas te lo pido,
y te lo pagará Dios,
que las acciones cristianas
nunca sin premio dejó.

BERRIO. (*Levantándola.*)
Basta, señorita, basta,
que no soy de bronce, no,
y en viendo llorar mugeres
se me atraganta la voz.
Esperad, no haga la trampa
que nos pillen á los dos.
(*Reconoce á un lado y otro si alguien lo ve.*)
Vamos allá.—Me resuelvo.
Venid pronto, pese á vos.

D.ª ISABEL. ¡Ó santo cielo...! protege
mi desventurado amor.

BERRIO. Vamos, pisad mas quedito.

D.ª ISABEL. Vamos en manos de Dios. (*Vanse.*)

ESCENA V.

Prision del castillo de Atarés, y aparece DON PEDRO LOPEZ DE AZAGRA, sentado y pensativo: la escena estará obscura.

BERRIO. (*Dentro.*)
¡Caramba...! El cerrojo está
descorrido, y encajada
la puerta... ¡Pues ahí no es nada!!!
...¿Volado el pájaro habrá?

D.ª ISABEL. (*Dentro con ansiedad.*)
¡Ay...! entremos...

BERRIO. (*Dentro.*) Sí, pasmado
de miedo estoy.—¿Quién ha sido
el duende que aqui ha venido,
y asi la puerta ha dejado?

D. PEDRO. (*Incorporándose.*)
¿Quién es...? ¡Hola...! Si la muerte
me traen, al verdugo ruego
que descargue luego, luego,
en mi cuello el golpe fuerte.

Salen BERRIO y DOÑA ISABEL TORRELLAS, y se ilumina la escena con la luz de la lámpara que viene en la batea.

D.ª ISABEL. (*Precipitándose en los brazos de don Pedro.*)
¡Ay don Pedro de mi vida!
Soy vuestra Isabel.

D. PEDRO. (*Sorprendido.*) ¡Oh Dios!
¿Deliro...? ¿Sueño...? ¿Sois vos...?
Sí, vos, Isabel querida.
(*Pausa.*)
¿En este trage...? ¿A tal hora...?
¡Ay...! esplicadme...

D.ª ISABEL. Mi pecho
está de gozo deshecho...
¿Qué puedo esplicar ahora?
(*Vuelven á abrazarse.*)

BERRIO. (*Aparte.*)
Asi, muy bien.—¡Qué gustito
me da verlos...! No es Sanchica
mas que una pobre borrica
comparada á este angelito.

D. PEDRO. Tras de la vision de infierno
que mi pecho destrozó,
y sin duda me envió
en su cólera el Eterno;
esta vision celestial
piadoso y justo me envia,
con que encanta el alma mia,
y me hace á un ángel igual.
(*Trasportado de gozo.*)
¡Isabel...! ¡Mi amor...! (*Sobresaltado de repente.*) ¡Dios mio!
¡Qué terrible pensamiento
me ocurre en este momento,
que me deja yerto y frio...!
¡Ay, Isabel...!

D.ª ISABEL. ¿Qué os asusta?

D. PEDRO. (*Agitado.*)
A la reina abandonaste,
¿y á tu padre aqui buscaste?
Dime... di...

D.ª ISABEL. (*Con dignidad.*) ¡Sospecha injusta!
¿No me conoceis quizás?
Si á la reina defendeis,
¿cómo imaginar podeis
que yo...? — Don Pedro, jamas.
(*Cariñosa.*)
En las alas de mi amor
y por la reina enviada
vengo á veros (*En secreto.*), y restada
á libraros del traidor.

D. PEDRO. Perdona, adorado dueño.
Mas tan raras cosas hoy
por mí pasaron, que estoy
creyendo que todo es sueño.
¿Mas tú en peligro por mí...?
¡Ay! me horrorizo, Isabel.
(*En secreto y con susto.*)
¿Ese soldado...? ¿con él
cuentas tú?

D.ª ISABEL. Don Pedro, sí.

(*Don Pedro clava los ojos en Berrio, como examinándole con desconfianza.*)

BERRIO. (*Risueño.*)
Berrio soy..., Berrio, señor,
porquero antes que soldado.
Y aqui le traigo el guisado:
con que basta ya de amor.

(*Siguen hablando entre sí don Pedro y doña Isabel: Berrio pone la batea sobre el poyo, y prosigue con mucha familiaridad.*)

Me traje á la señorita,
porque con ropa de Sancha
vino á buscarme tan ancha,
y con recado de Rita.
Mas aunque esté aqui, cenad.
Y pues diz en Aragon,
tripas llevan corazon,

ea, las vuestras llenad.
Y pronto, pues si ve el padre,
que es quien os envia la cena,
que tardo, la armará buena;
y no quiero que me ladre.

(*Viendo que no le hacen caso, vuelve á observar la batea, silba y se pasea.*)

D. PEDRO. ¡Oh, Isabel mia!

D.ª ISABEL. (*En voz baja recatándose de Berrio.*)
Ante todo
salvaos, ¡ay don Pedro...! Sí.
Salid al punto de aqui.

D. PEDRO. ¿Pero, Isabel, de qué modo?

ISABEL. La prision teneis abierta.

D. PEDRO. ¿Y la guardia?

D.ª ISABEL. No hay ninguna;
propicia está la fortuna.

D. PEDRO. ¿Y del castillo á la puerta?

D.ª ISABEL. Nadie os verá.

D. PEDRO. ¿En este trage...?

D.ª ISABEL. (*Al oido.*)
Atacad á este soldado
con rigor... y disfrazado
pasareis con su ropage.

D. PEDRO. No, Isabel. Isabel, no.
—¿Yo dejar en compromiso
á ese infeliz...?

D.ª ISABEL. Es preciso.

D. PEDRO. (*Cayendo repentinamente en un acceso de melancolía.*)
Preciso es que muera yo.
(*Pausa.*)
¿Fugarme...? ¡Qué devaneo!
—Por tí olvidado de mí,
el pensamiento acogí.
Pero ya otra vez me veo
tal cual soy en este dia,
y es tan horrenda mi suerte,
que solo buscar la muerte
debo ansioso, Isabel mia.

D.ª ISABEL. (*Angustiada.*)
No os entiendo.

D. PEDRO. Ni es posible
que me entendais... Si ayer fuera,
para salvarme os siguiera,
mas hoy... ¡ estrella terrible!
(*Con decision é inquietud.*)
Isabel, pronto, alejaos,
dejadme con mi destino.
De Zaragoza el camino
tomad por mi amor, salvaos.
Y á la reina direis, sí,
que ya exige mi lealtad
que no tenga mas piedad
con la sangre que hay en mí.
Que aqui morir debo yo,
y mi raza perecer...
¡Ay, ni tuyo puedo ser...!
Basta, no me fugo, no.

BERRIO. (*Oyendo las últimas palabras se acerca y dice aparte:*)
Esta gente está sin juicio.
¿ Fuga... ?

D.ª ISABEL. El pecho me rasgais,
y el alma me envenenais.
Salid de este precipicio.

D. PEDRO. ¡Isabel...!

D.ª ISABEL. ¿No me seguís?

D. PEDRO. (*Con entereza.*)
Jamas, no.

D.ª ISABEL. (*Resuelta.*)
Don Pedro, bien;
pues yo moriré tambien
si en quedaros persistís.
Vendrá mi padre cruel,
y al verme aqui en vuestros brazos,
con su daga mil pedazos
me hará.

D. PEDRO. ¡Isabel...! ¡Isabel...!

D.ª ISABEL. (*Con vehemencia.*)
Juro ante el eterno Dios,
que por mi medio os socorre,
no salir de aquesta torre,
señor don Pedro, sin vos.

D. PEDRO. (*Enternecido.*)
¡Isabel...!

D.ª ISABEL. (*Asiéndole el brazo con violencia.*)
Ven.

BERRIO. (*Deteniéndolos.*)
Alto allá.
Señorita, poco á poco:
¿os parece que estoy loco?
basta de burleta ya.
Harto ha durado el bureo;
quédese la cena aqui
con el señor. Y tras mí
venid, ó me pongo feo.

D.ª ISABEL. (*Suplicante.*)
¡Berrio!

BERRIO. (*Enojado.*) No hay Berrio, cuidado.

(*Va á asir del brazo á doña Isabel, y don Pedro lo impide.*)

D. PEDRO. Si osas la mano poner...

BERRIO. (*Reportándose.*)
No la pongo. (*Aparte.*) Voy á hacer
segun miro mal fregado.
El diablo me trajo aqui,
y entre unos y otros me huelo
que no ha de lucirme el pelo;
con mala estrella nací.

D.ª ISABEL. Berrio... por amor de Dios.
Berrio, completa la obra.

BERRIO. ¿Qué es completar, si ya sobra
la mitad de lo hecho? — Vos
mi peligro no sabeis
si alguien por desdicha oliera...
Vamos pronto, vamos fuera:
al fraile no conoceis.

D.ª ISABEL. Pero dime, Berrio, ¿abierto,
cuando há un momento llegamos,
y sin cerrojo no hallamos
de aqueste encierro la puerta?
¿No pudo haberse fugado
don Pedro entonces sin tí?

BERRIO. Es verdad.

D.ª ISABEL. Pues bueno. Di.

que tú no le has encontrado,
y la culpa recaerá
en quien antes que tú vino.

BERRIO. Fué el vejete peregrino.

D.ª ISABEL. Pues él la culpa tendrá,
que el cerrojo descuidó.

BERRIO. (*Dudoso.*)
Se armará gran batahola:
¿y en ella escurrir la bola
podrá Berrio... ?

D.ª ISABEL. ¿Por qué no?

BERRIO. Nada, nada. Afuera; en vano
me quereis asi tentar.

D.ª ISABEL. ¡Ay... ! ¡Berrio!

D. PEDRO. Deja el rogar,
que ya me cansa el villano.

BERRIO. (*Apurado.*)
¿En qué danza me he metido?

D.ª ISABEL. (*Sacando un gran bolso lleno de oro.*)
Berrio, toma... todo es oro.

BERRIO. (*Pasmado.*)
¡Vírgen Santa...! ¡Qué tesoro...!

D.ª ISABEL. Todo, todo es tuyo.

BERRIO. (*Tomando el bolsillo.*)
Envido.

Dª. ISABEL. Y la madrina he de ser
de tu Sancha, y en ganados,
joyas, tierras y brocados
tal dote vas á tener,
que puedas ser infanzon,
y fundar estado tal,
que no se le encuentre igual
en el reino de Aragon.

BERRIO. ¿Y si me ahorcan lo seré?

D.ª ISABEL. ¿Con tanto oro no has de hallar
el medio para escapar
de entre esta gente sin fé?

BERRIO. (*Rascándose y muy escamado.*)
Señorita... ¡Un miedo tengo...!

D. PEDRO. Si no te das á partido...

BERRIO. Si estoy ya muy convencido.
Hablad, que á todo me avengo.

D.ª ISABEL. Ahora á don Pedro has de dar
tu sayo. Pues con su ropa
le conociera la tropa
en el acto de escapar.

BERRIO. (*Quitándose el sayo con repugnancia.*)
¿Mi sayo...? á cochambre apesta.
Mas tomad.

D.ª ISABEL. Tambien el casco.

BERRIO. (*Se quita el casco y se lo da á doña Isabel.*)
Limpiadlo, que fuera un chasco
hallarse cosa molesta.

D. PEDRO. ¡Válgame Dios...! ¡Isabel!

D.ª ISABEL. (*Quitándole el manto y el birrete, y vistiéndole el sayo y el casco de Berrio.*)
Tomad, pronto, no hay remedio:
de salvarme es este el medio.

D. PEDRO. (*Muy abatido.*)
¿Y dónde voy, hado cruel?

D.ª ISABEL. (*Con viveza.*)
Berrio, amigo, aqui te quedas
solamente un breve instante,
el corto tiempo bastante
para que don Pedro pueda
conmigo afuera tomar
dos caballos, que escondidos
he dejado apercibidos
á la entrada del pinar.
(*Vanse don Pedro y doña Isabel.*)

BERRIO. Van como una exhalacion.
Buen viaje. — A ver si el bolsillo
quedó aqui. (*Lo saca y examina.*)
¡Qué hermoso brillo!
...Voy á ser un infanzon.
(*Guarda el bolsillo, y toma el manto y birrete de don Pedro, que dejó en el suelo doña Isabel, se los pone, y se pasea paveoneándose.*)
Asi..., asi... ¡linda persona!
Y con brocado mi Sancha
qué hueca estará. Qué ancha
si la llaman la infanzona.
(*Se pára.*)
¡Caramba, esta señorita

qué rejo tiene, y qué cuajo!
Se ve que por ese majo
está que se despepita.
Dios con ellos vaya, amén;
mas quedándose conmigo,
porque me parece, digo,
que soy cristiano tambien.

(*Va á marchar, y desde la puerta vuelve á mirar la batea, que esta sobre el poyo.*)

¿Y qué, del fraile la cena
he de abandonar asi?

(*Vuelve.*)

No lo haré, que tengo aqui
panza de apetito llena.

(*Siempre vestido con el manto y birrete de don Pedro, agarra la batea, la examina con gusto, y viendo que no hay mesa, la pone en el suelo.*)

Pues que no hay otra, sea el suelo
mesa, que lo es espaciosa.

(*Busca silla, y viendo que no la hay se sienta en el suelo, de espaldas á la puerta.*)

Y silla tambien. No hay cosa
que no me depare el cielo.
Ven, ó redoma, á mis manos...
Mas no, primero es comer.
Sobre el hígado beber
es costumbre de villanos.
Sal acá, butifarrita. (*La saca y come.*)
¡Qué picante...! Buena á ley.
No se encaja el mesmo rey
cosa mas santa y bendita.

(*Registra otro plato.*)

Aquestas de fraile son
golosinas. — Para luego,
porque tampoco me niego
á alfajores y turron.

(*Sigue comiendo y revolviendo los platos.*)

Sale MAURICIO, con un puñal en la mano, á paso lento, y se pára á la entrada sin reparar en Berrio.

MAURICIO. (*Aparte.*)
¿Cómo encuentro, ó Diós, la puerta

sin cerrojo...? ¿ Se ha fugado?
Berrio el simplon la ha dejado
de par en par asi abierta.
(*Repara en Berrio y juzga que es don Pedro.*)
Mas no. — Don Pedro alli está;
y cenando segun veo.
¡Cuánto, cuánto á mi deseo
tardando su muerte va!
Aqui en la sombra encubierto
me conviene el esperar,
pues que no puedo tardar
en verle á mis plantas muerto.

BERRIO. (*Toma un jamon.*)
Véngame á ver el jamon.
Todo me lo he de engullir.
A un albeitar le oí decir
que nunca da indigestion. (*Come.*)

MAURICIO. (*Aparte.*)
Sin duda aun no probó el vino,
pues su veneno es tan fuerte,
que en probándolo la muerte
es un acto repentino.
...¿Y si no bebe...? Veremos.
Entonces, sí, me decido,
y por este acero herido
pronto del paso saldremos.

BERRIO. Ahora sí que en la garganta,
por mas que masco, y que masco,
parece que un gran peñasco
se me atora, y me atraganta.
Pues á lavar el gargüero.
Para esto hay redoma aqui.
A ver..., á ver...
(*Al coger la redoma la deja caer y se hace pedazos.*)
¡Pese á mí...!
¡No me quebrara primero
yo mismo...!!! ¡cuerpo de tal!
(*Hace estremos ridiculos de despecho, y esfuerzos por recoger el vino derramado, cuidando siempre de no volver el rostro hácia donde está Mauricio.*)
Todo el diablo lo llevó.
¡Mal haya quien me parió

tan torpe y tan animal!
¡Maldita sea mi suerte....!
¡Maldita casualidad!

MAURICIO. (*Arrojándose con el puñal sobre Berrio.*)
No te libras en verdad
de la merecida muerte.

BERRIO. (*Oye los pasos de Mauricio, vuelve el rostro, y huye aterrado y con viveza.*)
¡Ay de mí...! ¡ay...! ¡San Antonio!

MAURICIO. (*Se detiene confuso al reconocer á Berrio.*)
¡Cielos...! ¡Es Berrio!— ¿Qué es esto?

BERRIO. (*Aparte.*)
¡Válgame Dios, y qué presto
se me apareció el demonio!
¿Si estaria en la redoma?

MAURICIO. (*Irritado.*)
¿Qué es esto...? Berrio. Habla ya.
¿En dónde don Pedro está?

BERRIO. (*Congratulándose.*)
¡Qué...! Si todo ha sido broma.
Se afufó.

MAURICIO. (*Furioso.*) ¿Cuándo...?

BERRIO. No sé.—
Yo me he encontrado la puerta
lo mismo que vos... abierta.
Y aqui... nadie. Ya se ve.

MAURICIO. (*Asiéndolo de un brazo.*)
¡Tú le abriste, tú, bribon!
Al punto serás ahorcado.
(*Arrastrándolo hácia la puerta y dando voces.*)
Guardia, el preso se ha fugado;
soldados, á la prision.

BERRIO. (*Temblando.*)
Señor... yo...

MAURICIO. Sí, su vestido
tienes, el tuyo tomó,
y con él se disfrazó.

BERRIO. Cuando vine se habia ido.

MAURICIO. (*A voces.*)
¡Hola! pronto... ¡Hola! soldados,
que nos venden, pronto aqui.

Sale DON LOPE DE AZAGRA apresurado.

D. LOPE. ¡Cielos...! ¿qué voces oí...?
MAURICIO. Nos vemos, señor, burlados.
Se ha fugado el prisionero.
Por este traidor la puerta
le ha sido há un momento abierta.
Ahora mismo ahorcarlo quiero.
D. LOPE. Basta ya; volved en vos.
Si tal hizo, lo perdono.
MAURICIO. (*Indignado.*)
Ved que perdísteis el trono.
D. LOPE. (*En tono solenme.*)
Son altos juicios de Dios.
(*Cae el telon.*)

Jornada tercera.

ESCENA PRIMERA.

El teatro representa la cámara de la reina en el palacio de Zaragoza, y aparece LA REINA pensativa y triste.

REINA. Segura es la victoria,
y el impostor malvado
tendrá de su arrogancia el escarmiento.
—¡Ah...! que tan alta gloria
y triunfo tan lucido
no sea del noble Azagra solo siento,
pues dechado de fieles,
suyos debieran ser estos laureles.
Mas, enfermo, postrado,
soñador, delirante,
desde que en salvo á estas murallas vino,
se niega horrorizado,
trémulo, palpitante,
á combatir al viejo peregrino,
diciendo que su espada
no vuelve á desnudar en tal jornada.
¿Qué misterio espantoso
es este...? ¡estrella impía! (*Reflexiona.*)
—Que ese roméro es impostor me jura,
que severa, inflexible,
combata su osadía
me ruega, ardiendo en la lealtad mas pura.
...Mas contra ese roméro
jamas, jamas esgrimirá el acero.
Y maldiciendo, llora
el haberse fugado

de la prision, que contempló su tumba,
y maldice la hora
en que nació. Y turbado
al cielo pide le fulmine y hunda.
—¿Qué misterio, qué encanto,
qué delirios son estos, cielo sánto?
(*Creciendo su agitacion.*)
¡Ay de mí, que anegada
en mar de confusiones
vago, sin descubrir lejano puerto!
...¿Acaso trastornada
con vanas ilusiones
se pierde en miserable desconcierto
su cabeza infelice,
y yo misma, yo misma el daño hice...?
...¿Mi negativa pudo
para su enlace... ¡cielos!
tanto trastorno ocasionar...? ¡Oh suerte!
...¡Oh destino sañudo!
¿Por qué no ahogué mis zelos?
¿Por qué no sujeté con mano fuerte
en este pecho mio
de un imposible amor el desvarío?
De un amor imposible
¡oh tremendo destino!
que cada vez mas alto se embravece,
y mas irresistible.
Y que será imagino,
segun me turba y poderoso crece
de mi alma en lo profundo,
causa tal vez de que abandone el mundo.
(*Muy abatida.*)
Al cabo, ¿qué es el trono
ansiado y combatido?
...¿Qué son de la victoria el lauro y palma,
si con tenaz encono
el cielo endurecido
niega la paz y la quietud al alma?
...¿Y qué es la misma vida,
por un mar de pasiones combatida?
¡Ay...! á don Pedro adoro,
y á este amor escondido

solo yo debo ser sacrificada.
A mi nombre y decoro
solo resta un partido;
seguirélo, aunque muera, denodada.
(*Con resolucion.*)
Sí..., sí, don Pedro viva,
y la salud con su Isabel reciba.

Suena á lo lejos repique de campanas, músicas, tambores y aclamaciones; y sale EL ARZOBISPO, con dos CLÉRIGOS de su séquito, que se quedan á la entrada.

ARZOBISPO. Albricias, alta señora,
reina de Aragon, albricias,
que ya de vuestros derechos
ha triunfado la justicia.
De Atarés en las almenas
vuestro pendon regio brilla,
y ya los brazos rebeldes
pesadas cadenas ligan.
Dios eterno sea loado,
que con bondad infinita
por el legítimo trono
omnipotente vigila.
Y bendito sea mil veces,
porque os ha dado este dia
sin una gota de sangre
la victoria mas cumplida.
El impostor ahora mismo
preso á Zaragoza pisa,
donde pensó entrar triunfante
en brazos de sus mentiras.
Y en un hondo calabozo
se verá en la Aljafería
el que en este regio alcázar
creyó establecer su silla.
Escuchad el alborozo
que vuestro triunfo publica,
escuchad cuál vuestro nombre
cunde en fervorosos vivas.

REINA. (*Gozosa.*)
Ó venerable prelado,

tan halagüeñas noticias,
que siempre aguardé fiada
en la proteccion divina,
tienen para mí mas precio,
mayor contento me inspiran
por labios tan respetables
como los vuestros oidas.
Y en saber que una victoria
piadoso el cielo se digna
de concederme sin sangre,
el colmo está de mis dichas.
Pues los triunfos que se logran
en revueltas intestinas
con sangre, mas que con galas,
con lutos se solemnizan.
Mas decidme de qué modo
tan favorable y propicia
la piedad omnipotente
protegió la causa mia.

ARZOBISPO. Ya preparaba el asalto
con sus escuadras invictas
Aznáres el valeroso,
campeon de tu justicia,
cuando de la fortaleza
fugitivo y á gran prisa
llegó un rústico soldado,
con peligro de la vida.
Era el que salvó á don Pedro,
y que á ser ahorcado iba,
y logró saltar el foso,
y venirse á nuestras filas.
Y el tal, que segun parece
en una venta vecina
era pastor, ofrecióse
á mostrar en la hora misma
un subterráneo camino,
una abandonada mina,
que desde el pinar cercano
al castillo conducia.
Aprovechó diligente
tan oportuna noticia
Aznáres, y con algunos

caballeros, y por guia
el rústico, entró en la fuerza
con furia tan repentina,
que una accion fué solamente
el sorprenderla y rendirla.

REINA. Bien merece ese villano
la recompensa mas digna,
pues que la efusion de sangre
evitó con tal noticia.
Quiero conocerle al punto,
premiarle quiero yo misma,
que evitar que sangre corra
es la mayor hidalguía.—
—¿Y el impostor?

ARZOBISPO. No le he visto.
Mas segun todos afirman,
persiste en que es don Alonso,
con tenacidad inicua.

REINA. ¿Mas quién es...? ¿de dónde vino...?
¿cómo agentes de alta estima
alucinó, se descubre...?

ARZOBISPO. Cuantos le han hablado pintan
su semejanza muy grande
con don Alonso.—Y sería
aventurar mucho, entrada
dar á sospechas que abrigan
algunos viejos.—Sospechas
que de infamia cubririan
á muy altos personages
y á muy gloriosas familias.

REINA. (*Con inquietud.*)
¡Sospechas...! ¿cuáles?

ARZOBISPO. Señora,
las maliciosas hablillas
no merecen ocuparos,
ni que sean por vos oidas.

REINA. No... decid.

ARZOBISPO. (*Con repugnancia.*)
Obedeceros
es obligacion precisa.
Y aunque especie tal repugnen
mis labios el repetirla,

diré: que la gente anciana
recuerda tal vez que habia
una semejanza estrema,
por todos reconocida,
entre don Lope de Azagra
y el rey.

REINA. (*Aparte.*) He quedado fria.
(*Alto.*)
¿Entre el padre de don Pedro...?

ARZOBISPO. Sí, señora.

REINA. (*Agitada.*) La malicia
mas refinada tan solo
puede esa sospecha inicua
despertar.—¿Don Lope Azagra,
el hombre de mas estima
que Aragon y el mundo vieron,
cuya sangre pura y limpia
aun late en tan nobles venas...?
—Tal suposicion me indigna.

ARZOBISPO. Y que en los campos de Frága,
como el orbe lo atestigua,
murió junto á don Alonso,
en medio de la morisma.

REINA. (*Aparte.*)
¡Ay de mí, que ahora descubro
de don Pedro los enigmas!
Y si es su padre... ¡Dios mio!
forzoso será que viva.
(*Alto.*)
Confúndanse esas sospechas,
que de la mas torpe envidia
y no de exactos recuerdos
son tan solamente hijas.
No nazcan nuevos disturbios
de ligerezas y hablillas,
y quede la paz del reino
con firmeza establecida.

ARZOBISPO. Pero no olvidad, señora,
que los estados se afirman
con los premios y castigos
repartidos con justicia.
Y que hay casos dolorosos

en que es condicion precisa
presentar un escarmiento
si graves daños evita.
El impostor morir debe,
y su consejero y guia,
que abad se nombra, y que todo
ser suposicion indica.

REINA. Mas perdon el mas completo
doy á cuantos le seguian
de buena fé, alucinados
tal vez por su lealtad misma.
Porque siempre la clemencia
la joya es de mas estima
de la corona, y hoy quiero
que brille cual nunca limpia.

ARZOBISPO. Bien mostrais, ó noble reina,
madre de Aragon querida,
que mereceis los laureles
que hoy en vuestra frente brillan.

Sale DOÑA ISABEL TORRELLAS, y se arroja desconsolada á los pies de la reina.

D.ª ISABEL. Ó mi reina, ó mi señora,
una hija desventurada
piedad y clemencia implora
ante vuestros pies postrada.
A mi padre perdonad,
pues si al impostor siguió,
esceso fué de lealtad
que su pecho alucinó.
A don Alonso ligado
por la fé del juramento...

REINA. (*La levanta del suelo, y la abraza.*)
Alza, que está perdonado:
recobra, Isabel, aliento.

D.ª ISABEL. (*Enagenada de gozo.*)
¡Oh de clemencia y bondad
pura esclarecida estrella!
A mis labios acordad
que sellen mano tan bella.
(*Bésale la mano.*)

Pues nunca con mas razon
por su madre y protectora
os aclamára Aragon
que vuestro alto nombre adora.
Corro... (*En ademan de marchar.*)

REINA. (*Deteniéndola.*)
Espérate un momento,
Isabel, que quiero hablarte,
para aumentar tu contento,
y otra grata nueva darte.
(*Al arzobispo.*)
Disponed, noble prelado,
que la catedral resuene
con el himno acostumbrado,
y que mi pueblo la llene.
Que con mi corte al instante
de gala, sigo tras vos
de triunfo tan importante
á dar las gracias á Dios.
Y un indulto general
disponed que se publique.

ARZOBISPO. ¿Y la pena capital
quereis que al punto se aplique
á los dos reos?

REINA. ¡Ah...! no.
Hoy es de júbilo dia,
y enlutar no quiero yo
con cadalsos su alegría.

ARZOBISPO. (*En ternecido.*)
Vuestra bondad es inmensa.

REINA. Haced venir al villano,
para darle recompensa,
cual merece, por mi mano;
pues que sagaz procuró
sin desastres la victoria,
que es en lo que cifro yo
de tan gran triunfo la gloria.

ARZOBISPO. Obedecida sereis
y por el reino aclamada,
señora, cual mereceis,
su sol, su madre adorada.
(*Vase con su séquito.*)

REINA. (*Aparte.*)
Me cumple disimular
todo cuanto descubrí,
y que nada tenga en mí
esta infeliz que estrañar.
Pues si es padre el impostor
de don Pedro, es necesario
con sigilo estraordinario
encubrir tal deshonor.
(*A doña Isabel con cariño.*
Isabel, Isabel mia,
¿cómo está don Pedro? dime.
¿Esa angustia que le oprime
tendrá término este dia?
¿Cesarán las ilusiones
espantosas que le agitan,
y que á ambas nos precipitan
en un mar de confusiones?
El triunfo ya conseguido,
y que tanto ansió leal,
de su dolencia fatal
será un remedio cumplido.

D.ª ISABEL. ¡Ay señora...! Yo no sé.
Como nunca esta mañana
la tristeza que le aplana
y su delirio noté.
Desde el momento... ¡ay de mí!
que le saqué de prision,
tan turbada su razon
como há un rato, nunca vi.

REINA. (*Muy agitada.*)
Basta, Isabel. — Es preciso
á don Pedro consolar.
Si acaso el imaginar
que le negaba el permiso
para casarse... (*Aparte.*) ¡Yo muero!
(*Alto.*) contigo, asi le turbó,
corre á decirle que yo
casaros hoy mismo quiero.

D.ª ISABEL. (*Llorando.*)
Ó señora, ó de bondad
y soberana clemencia!

sol, que el mundo reverencia;
tal es mi infelicidad,
tan contrario me es el cielo,
que lo que antes ¡ay! haria
la mas alta dicha mia
aumenta hoy mi desconsuelo.

REINA. (*Suspensa.*)
¿Pues qué...? ¿tibio en su pasion...?

D.ª ISABEL. (*Con vehemencia.*)
No señora, ¡ah! no señora.
Que como jamas me adora,
que su amante corazon
mas que nunca arde por mí,
en llanto amargo deshecho,
roto en pedazos el pecho,
sin cesar me jura, sí.

REINA. (*Aparte.*)
¡Oh dolor que me devora!

D.ª ISABEL. Pero añade que ya no
puedo ser su esposa yo,
y un mar de lágrimas llora.

REINA. ¿Y no te esplica el por qué?

D.ª ISABEL. Que un secreto horrible guarda
que le turba y le acobarda
imagino...

REINA. Y yo lo sé.

D.ª ISABEL. Yo no, señora. ¡Ay de mí!

REINA. Es una delicadeza
que demuestra la grandeza
de su pasion hácia tí.

D.ª ISABEL. (*Confusa.*)
Yo... señora... no colijo...

REINA. No temas, resuelta estoy.
Sí, tu esposo será hoy,
porque lo mando y lo exijo.
Que esto es su felicidad
y yo otorgársela quiero
á toda costa. (*Aparte.*) Yo muero.
(*Alto y resuelta.*)
Al momento os desposad.

D.ª ISABEL. (*Besándola la mano.*)
¡Oh cuán noble corazon,

que concede el mismo dia
su ventura al alma mia
y á mi buen padre perdon!
Corro...

REINA. (*Deteniéndola.*)
Espérame, Isabel,
mientras tomo el manto real,
para ir á la catedral.
Luego irás á hablar con él.
(*Vase agitada.*)

Queda doña Isabel pensativa, y salen BERRIO y SANCHA.

BERRIO. (*Al entrar.*)
Toma, colémonos pues...
si lo mandó...

SANCHA. (*Deteniéndose.*) ...¿Tan así...?

BERRIO. La señorita está allí.

SANCHA. Tienes razon, ella es.

D.ª ISABEL. (*Reparando en ellos.*)
Hola, mis buenos amigos,
¿qué buscais...? ¿á qué venís?

SANCHA. Ansiando ver á la reina,
que es, dicen, un serafin;
á la puerta de palacio
este y yo estabamos, y
su merced el arzobispo...

BERRIO. (*Adelantándose.*)
Déjame, Sanchica, á mí,
que mucho mas aquel tengo
para esplicarme.

D.ª ISABEL. Decid.

BERRIO. Estabamos boquiabiertos
sin saber adónde ir
sufriendo la mala cara
de uno y otro galopin,
cuando pasó el arzobispo.
Y dirigiéndose á mí,
¿eres, preguntó, el Herodes?
y respondíle que sí.
Pues entra, continuó grave,
que la reina quiere oir

de tu boca tus hazañas,
y hacerte mercedes mil.

SANCHA. Sí, señora, asi le dijo,
lo mismito que lo oís.

D.ª ISABEL. ¿Estás, Berrio, delirando?

BERRIO. Ni borracho, pese á mí.
...¿Mas no sabeis soy Herodes?

SANCHA. Que lo es, señorita. Sí.

D.ª ISABEL. Héroe dirás.

BERRIO. Pues bien, eso.
Si lo dicen mas de mil.
Y vivá, y que viva Berrio
el Herodes, ahora oí
á gente que en esas calles
va, que parece un motin.

SANCHA. Sí, mi Berrio lo ha hecho todo;
no es el diablo mas sutil.

BERRIO. Sí, señora. Antes de anoche
cuando me dejaste alli
metido en la ratonera,
atrapóme mi alguacil.
Y aunque el vejete petate
(que entrar ya en la trena vi)
me perdonó, el mal frailote
(que pronto tendrá mal fin)
se empeñó... nada..., en ahorcarme,
que no es un grano de anís.
Pero con una moneda
de la preñada y gentil
bolsa que vos me endonásteis,
y que no aparto de mí,
conseguí de un camarada
puerta franca para huir.

D.ª ISABEL. ¿No te dije que hallarias
facil modo de salir?

BERRIO. ¡Ay señorita del alma!
estuvo todo en un tris. —
Pasé la noche en el foso
agazapadito, sin
respirar, como conejo
que oye al podenco latir.
Y hoy al romper la mañana,

como suele la perdiz
irse al reclamo, á las tropas
de nuestra reina acudí.
Y al general, que es un mozo...
¡ vaya un mancebo gentil...!
de un camino soterraño
el secreto descubrí.
Y por debajo de tierra,
sin trompa ni tamboril,
sin sol, sin luz, y sin moscas,
delante de todos fuí,
atropellando gigantes,
moros encantados, y
vestiglos; y en el castillo
nos encontramos al fin,
en donde todo viviente
se rindió, gracias á mí.
Ved pues si soy el Herodes,
ó esa cosa que decís.

D.ª ISABEL. ¿ Ves, amigo, como el cielo
la noble accion que por mí
hiciste te recompensa,
por uno dándote mil?
A los bienes de fortuna,
que yo me comprometí
á darte, siendo madrina
de tu boda, vas á unir
las mercedes y los dones
de nuestra reina gentil,
el aplauso de los buenos,
y un nombre eterno y sin fin.

BERRIO. (*Muy ufano.*)
¡Si soy yo mucho...!!! Sanchica,
¿qué tal...? ¿eh...?

SANCHA. (*Muy gozosa.*) Yo estoy sin mí.

BERRIO. Te han de llamar la infanzona,
y tu padre ha de venir,
para besarme la mano,
sin caperuza.

D.ª ISABEL. Advertid
que ya sale nuestra reina;
mirad bien lo que decís.

SANCHA. (*Embobada mirando al lado por donde va á salir la reina.*)
¡Ay qué hermosa...! Madre mia.
Como una rosa de Abril.
A la Vírgen se asemeja
que está allá en el camarin.

BERRIO. ¡Ay, que me he quedado frio,
y ya no sé qué decir!

D.ª ISABEL. Poned la rodilla en tierra,
y la mano le pedid.

BERRIO. ¿Y se ha de quedar sin ella...?

D.ª ISABEL. Es para besarla... ¿oís?

Sale LA REINA con manto real y corona, y ricamente ataviada, seguida de DAMAS y PAGES, todos de gran gala. Berrio y Sancha caen de rodillas.

REINA. (*Acercándose con dignidad á los villanos.*)
Hola, ¿esta buena gente
quién es, y qué desea?

BERRIO. (*Turbado.*)
Semos... semos...
(*A Sancha al oido.*) Sanchica, tú responde,
que quien soy he olvidado de repente.

SANCHA. (*Turbada.*)
Semos... semos... Que siga Berrio, ea,
que se me fué la lengua no se dónde.

REINA. (*Afable.*)
Hablad, no tengais miedo.

BERRIO. Pues yo... Sancha, habla tú, que yo no puedo.

D.ª ISABEL. Este mozo es, señora,
el que salvó á don Pedro, y denodado...

REINA. (*Muy complacida.*)
Venga, venga en buen hora
el que el triunfo me ha dado
con tal facilidad y sin desgracias.
Venga en buen hora á recibir mis gracias:
alzad del suelo.

BERRIO. (*Mas alentado.*) Si me dais la mano...
solo para besarla.

REINA. (*Dándoles á besar la mano.*)
¡Qué inocencia!
(*Levanta á ambos con afabilidad.*)

Tengo gran complacencia
en verte. Agradecida
con el alma y la vida
estoy á tu servicio. Te has portado
como un héroe.

BERRIO. (*Muy ufano.*) Sí.
(*A doña Isabel.*) Herodes... ¿No lo escucha?
(*A la reina en tono jactancioso.*)
¡Es mi arrogancia mucha!
¡Y soy un gran soldado...!
¡He matado mas gente...!

REINA. (*Risueña.*)
Porque no la mataste justamente
premiarte, amigo, intento,
y te daré en mi casa acostamiento.

BERRIO. Pues yo mejor quisiera diez cochinos,
con algunas ovejas y pollinos.

SANCHA. (*Aparte á Berrio.*)
Y joyas, majadero,
que gargantilla y pelendengues quiero.

BERRIO. (*Aparte á Sancha.*)
No, mejor es ganado.

REINA. (*Haciéndoles seña de retirarse.*)
Cual mereces serás recompensado.

SANCHA. Viva la real persona.

BERRIO. (*A Sancha.*)
Van, Sanchica, á llamarte la infanzona.
(*Vanse Berrio y Sancha.*)

REINA. (*Llevando aparte á doña Isabel, y hablándola con vehemencia.*)
Oye, Isabel.

D.ª ISABEL. Señora.

REINA. Al punto corre ahora
de Pedro Azagra al lado.
Anúnciale el permiso que os he dado.
Consuélale, Isabel, y ni un momento
de él te apartes.

D.ª ISABEL. (*Sobresaltada.*) ¿Pues qué, señora mia...?

REINA. Síguele adonde quier. Si tiene intento
de ir á la Aljafería,
avísame al instante,
pues es el impedirlo interesante.

D.ª ISABEL. ¡Ah...! Yo tiemblo...

REINA. No temas, que no hay nada.
Ni á él nada le dirás. — De tí confio,
tú eres el brazo mio. —
— Sosiégate, Isabel..., yo te lo ruego.
Yo te esplicaré luego
cuáles son las razones
de hacerte estas secretas prevenciones.
(*Se pone en marcha.*)

D.ª ISABEL. (*Confundida.*)
¡Cielos...! ¡Estoy mortal...! Solo me toca
temblar, obedecer, sellar mi boca. (*Vanse.*)

ESCENA II.

Calabozo del castillo de la Aljafería. Salen DON LOPE DE AZAGRA de peregrino, muy abatido y debilitado, y MAURICIO sosteniéndole, y conduciéndole á un asiento de piedra que habrá á un lado.

D. LOPE. Llévame lentamente,
que andar apenas puedo,
por edad, no por miedo,
y me siento morir.
Si Dios omnipotente
á mi afan concediera
que aqui, y pronto muriera,
sin al cadalso ir,
¡cuán dichoso sería! (*Se sienta.*)

MAURICIO. Ten ánimo. Si quieres
patentizar quién eres
puedes mucho esperar.
Tu alto nombre podria,
tu nombre verdadero,
acaso al pueblo entero
en tu favor alzar.

D. LOPE. Calla, calla, Mauricio.
Jamas. — Que para el mundo
un misterio profundo
mi nombre debe ser.

En este precipicio
donde tú me has lanzado,
y á do me ha encaminado
el mismo Lucifer,
no ha de hundirse conmigo
mi descendencia infame;
ni nunca el mundo llame
á un Azagra traidor.
Jamas, jamas, amigo,
de que es mi sangre rea,
de que Azagra soy, sea
el mundo sabedor.
El nombre quede puro
de mi adorado hijo;
de tu amistad exijo
el secreto mas fiel.

MAURICIO. Por él en este apuro
en que estamos nos vemos.
Por su causa tenemos
en el cuello el cordel.

D. LOPE. No. — Porque Dios eterno
vigila por los reyes,
y maldice en sus leyes
al vasallo traidor.

MAURICIO. (*Con desden.*)
Porque te dió el infierno
hácia tu hijo demente
ese ciego, imprudente
y malhadado amor.

D. LOPE. ¿No oyes la voz del cielo,
cómo grita venganza?

MAURICIO. Mi delirio no alcanza
hasta escuchar tal voz.
Y de tu desconsuelo,
y de tu desvarío
me avergüenzo y me río.

D. LOPE. (*Aterrado.*)
¡Oh desengaño atroz!
...Aproximarse siento
mi fin, y estremecido
piedad al cielo pido,
solamente piedad.

Y que mi último aliento
lleve la infamia mia,
sin que se estienda impía
en mi posteridad.

MAURICIO. Tu descendencia olvida,
que es perder el juicio.

D. LOPE. No eres padre, Mauricio:
por eso hablas asi.
(*Se oyen cerrojos.*)

MAURICIO. (*Sorprendido.*)
¿La puerta estremecida
no escuchas...?

D. LOPE. (*Con vehemencia.*) Te conjuro
que el secreto seguro...

MAURICIO. (*Separándose.*)
Calla, que entran aqui.

Sale DON PEDRO LOPEZ DE AZAGRA precipitado, y se arroja de rodillas en los brazos de don Lope.

D. PEDRO. ¡Oh padre! ¡oh padre...!

D. LOPE. (*Abrazándolo enagenado.*) ¡Hijo mio...!
Al tenerte entre mis brazos
cobran los rotos pedazos
de mi corazon su brio.
Torna á discurrir la vida
por mis decrépitas venas,
donde ya indicaba apenas
no estar del todo estinguida.—
¡Ay!—¿Es sueño?—Es verdad, sí.

D. PEDRO. La juvenil sangre helada
me ahoga en el pecho estancada.
¡Desventurado de mí!

MAURICIO. (*Aparte.*)
¡Oh... si un acero tuviera,
ó un brazo bastante fuerte!
...A entrambos dando la muerte
aun salvarme consiguiera.

D. LOPE. (*Separando de repente á don Pedro, y poniéndose en pié con un penoso esfuerzo.*)
¿Mas qué es esto, mozo altivo...?
¿Cómo te atreves á tanto...?

¿No te causa el verme espanto,
aunque postrado y cautivo?
(*Rechazando á don Pedro.*)
Aparta, aparta... ¡Infelice!
¿Aqui me viniste á ahogar
en tus brazos, sin temblar...?

MAURICIO. (*Aparte confuso.*)
No comprendo lo que dice.

D. PEDRO. ¡Ah...! ¡padre...!

D. LOPE. (*Con penosa y afectada entereza.*)
¿Tu padre yo?
¿Yo tu padre...? Tú deliras,
y lo que dices no miras.

MAURICIO. (*Aparte reconociendo la intencion de don Lope.*)
¡Ya!

D. LOPE. Tu padre no soy, no.

D. PEDRO. Si por tal os deseché
cuando armado, cuando fuerte
pudísteis darme la muerte,
y con horror os miré
porque el rebelde pendon
contra mi reina y señora
enarbolábais, ahora
es muy distinta ocasion.
Y vuestro hijo me confieso
cuando llega ¡trance fuerte!
la hora horrenda de la muerte,
y humilde vuestros pies beso.
(*Arrójase á los pies de don Lope.*)
¡Padre...! ¡padre!

D. LOPE. (*Levantándole.*) No lo soy.—
¿Y quién fué el impostor, di,
que decirte pudo á tí...?

D. PEDRO. Vos mismo, vos.

D. LOPE. (*Aparte.*) ¡Muerto estoy!
(*Alto.*)
Mentí, tentando engañar
y deshacer tu firmeza,
cuando allá en la fortaleza
no te quise castigar.

D. PEDRO. Si el corazon me lo dijo

con hondas voces tambien,
y ahora lo repite, ¿quién
negará que soy tu hijo?

D. LOPE. Yo. — De escucharte me espanto.
¿No ves que es accion de loco,
que el que allá me tuvo en poco,
ahora aqui me estime en tanto?

D. PEDRO. Siempre mi padre en vos vi.
Y sabiendo vos quién soy,
lo que va de ayer á hoy
conoceis sin duda: sí.

MAURICIO. (*Aparte.*)
¡Oh qué lucha tan estraña
de afectos, reconvenciones,
de verdades, de ficciones,
en que ninguno se engaña!
Pero yo que el dueño soy
del secreto de los dos,
por vengarme, vive Dios,
á hacerlo patente voy.
Como infame al mundo asombre
de este mozo y de este viejo,
uno altivo, otro perplejo,
el considerado nombre.
Y de ellos, y de Aragon
se vengue la rabia mia,
borrándoles este dia
su mas ilustre blason.

D. LOPE. (*Muy abatido y desfalleciendo por momentos.*)
¡Ay...! ¡Mancebo...! basta ya.
Si don Alonso no soy,
en este sitio en que estoy,
y en donde ahogándome va
ya mi dolor, soy un ente
incomprensible, (*Con esfuerzo.*) que no es
ni ser pudo aragonés:
que aqui no tiene pariente.
Ó el soberbio emperador,
ó un obscuro aparecido,
sin nombre, sin apellido,
y sin familia.

D. PEDRO. (*Abatido.*) ¡Oh rigor

de mi embravecida suerte!
(*Resuelto.*)
Pues que sea ó no vuestro hijo,
vuestra bendicion exijo
en esta hora de la muerte.

D. LOPE. (*Conculso y horrorizado.*)
¿Qué escucho...? ¡mi bendicion!!!
¿La bendicion... ¡infelice!
de este ser á quien maldice
el Eterno...? ¡Oh confusion!
(*Cae moribundo en brazos de don Pedro.*)
¡Ay...! que me siento morir...
No puede mi larga edad
el peso de iniquidad
que me abruma resistir.

D. PEDRO. ¡Padre!!!

D. LOPE. Ese nombre me ahoga.
Mi corazon se revienta.
A mi Dios voy á dar cuenta...
¿ante él por mi quién aboga?
¿Quién aboga...? Confesion.
¡Ay...! confesion necesito,
y un sacerdote bendito
que me dé la absolucion. (*Queda desmayado.*)

D. PEDRO. ¡Cielos...! ¡qué horror...! ¡Ah...! ¿qué es esto?
...Helado está.

MAURICIO. (*Acercándose.*) Un parasismo.

D. PEDRO. (*Fuera de sí mirando indignado á Mauricio.*)
Confúndate el hondo abismo.
(*Volviendo á don Lope.*)
¡Padre...! ¡padre...! auxilio... presto.
(*Acomoda á don Lope en tierra, apoyándolo contra el asiento de piedra, y prodigándole caricias y socorros.*)

MAURICIO. (*Aparte, con rapidez.*)
Pues por sacerdote á mí
me reputan, que lo soy
me importa asegurar hoy,
por ver si dilato asi
ó evitar logro el castigo.
¿Qué tardo en darme por tal...?
(*Acercándose á don Lope con afectada dignidad y en voz alta.*)

Ved en esta hora fatal,
rey don Alonso, mi amigo,
quién puede...

D. LOPE. (*Volviendo en sí, y rechazándolo con horror.*)
Aparta, malvado.
...¿Tú...? ¿tú...? (*Cae moribundo.*)
¡Dios mio, piedad!!!
...¡Ay...! mis culpas perdonad...
(*Tendiendo los brazos á don Pedro.*)
Perdóname tú, hijo amado. (*Muere.*)

D. PEDRO. (*De rodillas, y besando fuera de sí una mano de don Lope.*)
¡Padre...! ¡Señor...! ¡Ay de mí!
¡Padre...! ¡padre...! Yo con vos...
(*Reconociendo que está ya muerto.*)
Ya está en presencia de Dios:
desventurado nací.
(*Queda sumergido en el mas profundo dolor.*)

MAURICIO. (*Aparte.*)
Murió, sí... Murió el cobarde
de quien necio confié;
que el mundo en saber quién fué
ni un solo momento tarde.
Quede el hijo deshonrado;
y entre tanta confusion
busque mi resolucion
algun remedio impensado.
(*Se acerca resuelto á la puerta y dice á voces:*)
¡Hola...! Guardias, acudid.
Ved que es muerto el impostor.
Y tambien su hijo es traidor,
cómplice suyo.—Venid.

D. PEDRO. (*Vuelve en sí, se levanta y se arroja sobre Mauricio con una daga desnuda.*)
¡Malvado! aun tengo esta daga
que en tu pecho fementido,
de tanto crimen henchido,
mi cólera satisfaga.
(*Hiere á Mauricio.*)

MAURICIO. (*Cayendo muerto.*)
¡Ay de mí...! ¡Azagra!—Aragon
la sangre de Azagra infame

sangre de traidores llame,
pues estos Azagras son. (*Muere.*)

Ábrense las puertas del calabozo con estruendo, y salen de prisa LA REINA, DOÑA ISABEL TORRELLAS, PAGES y GUARDIAS.

D.ª ISABEL. (*Deteniéndose horrorizada.*)
¡Cielos...! ¿Qué miro...? ¡Infelice!

REINA. (*Conteniendo con dignidad su agitacion.*)
¡Don Pedro Azagra aqui está,
entre cadáveres yertos,
con un sangriento puñal!!!
¿Qué es esto, don Pedro Azagra?
¡Oh don Pedro Azagra...! Hablad.

D. PEDRO. (*Con entereza.*)
Esto es deplomarse el cielo
sobre mi frente leal,
esto es que abierta la tierra
bajo de mis pies está.
(*Señalando el cadáver de don Lope.*)
Ese decrépito anciano,
que ahora acaba de espirar,
ahogado por sus pesares,
pidiendo al cielo piedad,
es mi padre.—(*Movimiento general de terror.*)
¡Oh cuán amargo
hace mi estrella fatal
en mis labios ese nombre
tan dulce de pronunciar!
—Sí, es mi padre: pues su crimen,
que yo no puedo borrar,
no le quitó el ser mi padre,
para mi afrenta y mi mal.
(*Señalando al cadáver de Mauricio.*)
Y este, que de sus maldades
ya dando la cuenta está
ante el Dios de las venganzas
en su justo tribunal,
es el monstruo del infierno,
genio espantoso del mal,
que alucinando á ese anciano

con su apariencia falaz,
le encaminó por la senda
de traicion y deslealtad
por donde en busca de muerte
y escarmiento vino acá,
de la mas ilustre sangre
el puro brillo á manchar.
Y yo con mi mano misma,
y este vengador puñal,
su corazon desgarrando,
de un solo golpe no mas
á vos, á mí, y á mi padre
venganza he dado. Mirad.—
(*Movimiento general de horror.*)
Y pues de un traidor soy hijo,
y pues manchadas estan
de sangre hirviente estas losas,
que derramé criminal,
usurpando á la justicia
su accion y su voluntad,
cometiendo un homicidio
que no quiero disculpar,
(*Hinca una rodilla.*)
que al punto el verdugo tronche
este mi cuello mandad:
cumplireis con la justicia
de vuestro cetro real;
y tendrá fin un linage
tan desventurado, y tan
aborrecido del cielo,
que hundido en el cieno está.

REINA. ¡Oh noble don Pedro Azagra!
...¿Qué pronunciásteis...? Alzad,
pues no debe ni un momento
postrado en la tierra estar
el que de su insigne patria
es tan seguro puntal,
y de mis santos derechos
el mas fuerte capitan.
(*Levantando á don Pedro.*)
Alzad, don Pedro de Azagra,
jóven valeroso alzad,

que galardones tan solo
vuestra reina os ha de dar.
—Al matar á ese perverso
el brazo fuisteis no mas
de mi justicia, y declaro
vuestra accion noble y leal.
Y ese acero, que destila
cálida sangre, será
cimera de vuestras armas,
y un nuevo timbre de hoy mas.

D. PEDRO. (*Confuso.*) Señora... ¡Señora mia!
cuál queda mi honra juzgad,
y que de traidora sangre
llenas mis venas estan.

REINA. Es vuestra sangre tan pura
como la lumbre inmortal
del sol, que apagar no puede
pasagera tempestad.
¿Tras de una serie de siglos,
en que acrisolada está,
derramándose á torrentes
en pró de la cristiandad,
qué importa que vuestro padre
caduco y demente ya,
cometiese un negro crimen
de que no fuera capaz
sin la sugestion maligna
de ese dragon infernal?
¿Y vos con vuestras proezas,
vos, desenvainando audaz
por mis derechos la espada,
con la noble heroicidad
que vió el mundo, no enmendásteis
de vuestra sangre el desman?
¿No es este suceso mismo,
en que con firmeza tal
las tentaciones mas grandes
que tiene la humanidad,
los mas tiranos afectos
que encadenan al mortal
habeis vencido, don Pedro,
crisol de vuestra lealtad?

— Volved en vos, y miradlo,
que si es justo vuestro afan,
no es justo por un delirio
á todo estremo llegar.
(*Aparte con rapidez.*)
El último esfuerzo hagamos
porque la tranquilidad
vuelva á su pecho. La hora
de mi sacrificio es ya.
(*Alto.*)
Ved pues si estoy decidida
á que sin posteridad
de Azagra la noble estirpe
no quede, porque jamas
de tan valientes guerreros,
de magnates tan sin par
carezca este reino mio,
la España y la cristiandad,
que os mando, como señora,
que al punto y sin replicar
á doña Isabel Torrrellas
(*Aparte.*)
¡ay, que es mi pecho un volcan!
(*Alto.*)
la deis la mano de esposo:
cumplid con mi voluntad.

(*Queda don Pedro muy agitado, y como faltándole palabras.*)

D.ª ISABEL. (*Arrojándose á los pies de la reina.*)
Señora, señora mia.
¡Oh qué angélica bondad!

REINA. (*Levantándola y abrazándola.*)
¡Isabel...! ¡ay...! tú no sabes
lo que en mí pasando está.
Haz feliz á Pedro Azagra,
que esto es lo que importa mas.

D. PEDRO. Esclarecida señora,
reina de Aragon... ¡oh cuán
poderoso es vuestro labio!
¡qué excelsa vuestra bondad...!
(*Acercándose á doña Isabel.*)
...¡Isabel...! vuestro amor solo

de darme vida es capaz...

(*Separándose de repente de doña Isabel, y con tono resuelto.*) Pero el momento no es este,
ni este tampoco el lugar...
(*A la reina con energía.*)
Dentro de un año, señora,
obedecida serás.
Ahora parto á la frontera
nuevos timbres á ganar,
y á borrar con sangre mora
de mi sangre la fealdad.
Y cuando triunfante vuelva,
y de una insigne ciudad,
por mí arrancada á los moros,
ponga á vuestra planta real
las llaves, la mano mia
con vuestro amparo será
de doña Isabel Torrellas,
de esa estrella celestial
que es de un alma sin ventura
dueño, vida, luz y paz.

REINA. (*Aparte.*)
¿Esto escucho...? ¡Ah, desfallezco!
La pena ahogándome va.
(*Alto.*)
Bien, á adquirir nuevos lauros,
ilustre Azagra, volad.
La victoria y la fortuna
os vayan siempre detras.

D. PEDRO. Marcho pues... Dadme, señora,
la regia mano á besar.

(*Hinca una rodilla, y besa la mano de la reina.*)
¡Isabel...! (*Vase.*)

REINA. (*Con ansiedad.*)
Volved triunfante;
por vuestra vida mirad.
(*Aparte.*)
¡Ay de mí desventurada!
No puedo resistir mas.

(*Se apoya desmayada en doña Isabel.—Cae el telon.*)

FIN DE LA COMEDIA.

ERÍA DE ANTONINO ROMERO

Calle de Preciados, núm. 23.—Madrid

HISTORIA
CA Y DIPLOMATICA

esde la independencia
ados Unidos hasta nuestros dias
(1776-1895)

POR

JERÓNIMO BECKER

que acaba de ponerse á la venta, mplio y fiel extracto los principales mina con imparcialidad la historia ala sus defectos y expone con minu- es lo referente á las relaciones exte- paña, siendo, por tanto, de gran inte- ocer de un modo exacto el aspecto de la cuestión cubana.
en 4.º, 642 páginas, 8 pesetas.

RECOPILACIÓN

DE LAS

LOS REINOS DE LAS INDIAS

andadas imprimir y publicar

POR

STAD CATOLICA DEL REY CARLOS II

lición, corregida y aprobada por la as del Tribunal Supremo de Justicia, ación de la Regencia provisional del

mos en folio, 50 pesetas.

ÓFILOS ESPAÑOLES

completa de todos los tomos publi- ta sociedad, de que se hallan la ma- gotados.
cados 38 tomos en 4.º—Precio, 900

ESCORIAL Á LA VISTA

GUÍA DESCRIPTIVA

DEL REAL

MONASTERIO, TEMPLO Y PALACIO

DE

SAN LORENZO DE EL ESCORIAL

ilustrada con 20 láminas autotipias y seguida de varias noticias curiosas para el viajero, por

Juan Noguera Camoccia

Un tomo en 8.º en cartoné.—Precio, 1 peseta.

NOVISIMO
DICCIONARIO DE LA RIMA

ordenado en presencia de los mejores publicados hasta el día, y adicionado con un considerable número de voces que no se encuentran en ninguno de ellos á pesar de hallarse consignadas en el de la Academia, por

D. Juan Landa.

Un tomo en 4.º mayor.—Precio, 6 pesetas.

EL PRACTICÓN

Tratado completo de Cocina

AL ALCANCE DE TODOS

Y

APROVECHAMIENTO DE SOBRAS

con un APÉNDICE que comprende el arte para el mejor aprovechamiento de las sobras, las reglas para el servicio de una mesa y el modo de trinchar y comer los manjares, por

Angel Muro.

Décimatercia edición, ilustrada con 240 grabados, y aumentada con 60 minutas de almuerzos y comidas para todos gustos y condiciones y algunas fórmulas completamente nuevas.
Un tomo en 4.º de 1.040 páginas.—Precio, 5